

# En los tiempos del Vals

Ramón Novarro  
Evelyn Laye



EDICIONES  
Biblioteca films

1875



EN LOS TIEMPOS  
DEL VALS

Reservados los derechos de  
traducción y reproducción

# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAQUER

DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES

Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 76637 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS

Sociedad General Española de Librería - Berberé, 16 - Barcelona

EDITORIAL



Publicación semanal

Año XII

Núm. 255

## En los tiempos del vals

Obra de supremo interés en la que RAMÓN NOVARRO resuelve los tiempos románticos que precedieron a la Gran Guerra en los que los príncipes imperiales eran aun capaces de enamorarse de una bailarina decididos a abdicar de su rango para vivir su vida consagrada al amor. « En Viena, la ciudad aristocrática por excelencia, entre notas armoniosas de valses, la patriarcal figura del viejo emperador Francisco José de elecciones de patriotismo a su joven sobrino conduciéndolo hasta el sacrificio de renunciar a su amor, de un día a otro ».

Producción



METRO GOLDWYN MAYER

Calle Mallorca, 201

BARCELONA

## PRINCIPALES INTERPRETES:

---

---

---

El Archiduque Gustavo,	RAMÓN NOVARRO
Lisl Gluck . . . . .	EVELYN LAYE
Fanny . . . . .	Una Merkel
Condesa Rafay . . . .	Rosalind Russell
Nepomuk . . . . .	Herman Bing
Szereny . . . . .	Edward Everett
El Emperador. . . . .	Henry Stephenson
Willy. . . . .	Charles Butterworth
Toni . . . . .	Donald Cook
y el caballo Milly	



# EN LOS TIEMPOS DEL VALS

RESUMEN ARGUMENTO  
DE LA PELÍCULA

## LA SUERTE DE LISI.

**E**s la imperial ciudad de Viena, la más protocolaria y aristocrática del mundo, y en aquella época romántica en la que el baile de moda era el vals, bailado a saltitos siguiendo las cadencias voluptuosas de su música, y en la que las damas usaban polsón, en el Gran Teatro de la Ópera se ensayaba un baile de conjunto de una manera nerviosa y febril, porque aquella noche había anunciado su asistencia el emperador Francisco José acompañado por su sobrino el archiduque Gustavo.

Las bailarinas, en aquellos tiempos, no eran las «señoritas

de conjunto» de hoy ni las *girls* que en el día danzan en nuestros escenarios. La bailarina de aquellos tiempos era algo típico y característico, muy siglo XIX, con las piernas cubiertas de malla y unas faldas horizontales de encajes y puntillas vaporosas, y se movían al compás de la música, gráciles como pajarillos o como mariposas, sin las contorsiones histéricas de las actuales danzarinas, creando en sus bailes algo ilusionado y grato a los ojos, puramente estético y sin concomitancia alguna con la sexualidad.

Y, tal vez precisamente por ello, por la apariencia inocente, cándida y pura, por la inocencia

estética del baile, las bailarinas eran entonces solicitadas por los enamorados galanes con exaltación y en muchas Cortes ejercieron influencia decisiva enamorando soberanos.

Se ensayaba febrilmente y el maestro de baile — un italiano obeso llamado Riccardi — dirigía el cotorro con nerviosidad exaltada empuñando el largo bastón de grueso y redondo puño que le servía para marcar el compás.

Pero ellas, muchachas en la flor de la edad, en lugar de responder a aquel supremo interés, reían y loqueaban sin darle a aquel ensayo la suprema importancia que le atribuía el profesor.

Y éste iba dirigiendo el ensayo con palabras y gestos, al compás de la música:

— ¡Uno, dos, tres... En la punta de los pies!

Al pronunciar estas palabras, mientras las demás bailarinas debían graciosamente arrodillarse, la primera figura — la señorita Gluck — debía ponerse sobre las puntas de los pies y dar tres vueltas vertiginosas como un trompo.

Pero la señorita Gluck no lo hacía bien y el maestro gritaba:

— ¡Fraulein Gluck!

Ella no hacía caso.

— ¡Fraulein Gluck!... ¿No le he dicho que extienda el pie?

Ella lo hacía indolentemente, como de mala gana, y él le reprendía escandalizado:

— ¡Y levántese la media!... ¡Corpo di Baco!

Ella se subía la media mientras las demás reían y el profesor reclamaba:

— ¿Quieren echar a perder la función de esta noche?... ¡Basta!... ¡Basta!

El pianista, sin enterarse de nada, continuaba tocando, y Riccardi se le acercó gritándole:

— ¡Basta!... Toni, no se ponga usted a componer la música y a introducir florituras... Cíñase usted al libro del «ballet»... Las muchachas no pueden llevar el compás.

— Así es la instrumentación — replicó Toni, el pianista.

— ¿Qué ha de ser así?... Les hace usted perder el paso.

Y la señorita Gluck salió en defensa del pianista:

— Signor Riccardi, fué la culpa mía.

— No mire usted a Toni... Míreme usted a mí...

Todas las muchachas, que sabían muy bien que Fraulein



Gluck y Toni eran novios, rieron a carcajadas, aumentando la nerviosidad del maestro.

—¡Basta de risas!... ¡A tocar, Toni!... Venga, continúe el ensayo... ¡Basta de risas!

Y continuó el ensayo, costándole trabajo a las bailarinas, alegres como pajarillos, contener sus argentinas carcajadas para ocuparse de su trabajo.

—Ahora sonrían — indicó el maestro —. ¿Van a hacerme el favor de sonreír? ¡Enseñen los dientes... Sonrían!... ¡Uno, dos, tres... En las puntas de los pies! ¡Sonrían, sonrían!... ¡Una, dos, tres!... ¡Enseñen los dientes!... ¡Sonrían con gracia!

Se presentó Moeller, el director de escena, lleno también de nerviosidad, diciendo a gritos:

—¿Qué hace usted, señor Riccardi?... ¿Ensayando cuando va a empezar la función?... ¡A vestirse inmediatamente!... ¡Dc prisa!

Y todas las bailarinas corrieron vertiginosamente y subieron por una escalera de caracol, dirigiéndose a sus camerinos para darle el último toque a sus vestidos y prepararse para salir a escena, porque de un momento a otro llegaría el Emperador y comenzaría la función.

... ..  
En su cuarto hablaba con la señorita Gluck su amiga íntima Fanny y le decía:

—¡Qué emocionada estoy!

—¿Porque va a asistir el archiduque Gustavo esta noche?

—Le gustan las muchachas, y muy bien pudiera gustarla yo.

—¿Piensas en ello?

—Si el Archiduque rompiera con la Condesa... que tanto detesta el Emperador... tal vez podría fijarse en mí y elegirme.

—¿Y qué harías con Willy?

—¡Oh!... Amo a Willy... Pero sacrificaría mi amor al patriotismo... Además, preferiría el coche imperial al «rippert» de Willy. ¿Le gustará mi tocado? Hay hombres que se mueren por los rizos.

Y agitó con coquetería su cabecita toda cubierta de blondos bucles.

—Serías más feliz pensando sólo en Willy — le dijo su amiga —. Yo me siento dichosa con Toni.

Fanny hizo un gesto de desdén y exclamó:

—No sé qué le encuentras a ese músico.

—Le quiero.

—Pero es tan petulante...

—Ya sé que es vanidoso. Pero

no me gustan los hombres de otra clase.

—¿Qué otra clase?

La conversación de las dos jóvenes fué interrumpida por los gritos que las llamaban a todas a escena:

—¡Todo el mundo al escenario!... ¡Su Majestad acaba de llegar!

Y corrieron todas las bailarinas al escenario y se apelotonaron sobre el agujerito del telón que permite ver a través de él la platea, poseídas por la curiosidad, ansiosas de ver al Emperador y, sobre todo, a su sobrino el archiduque Gustavo, tan joven, tan guapo, tan enamorado...

Todas se apelotonaron allí estrujándose los encajes y puntillas y gasas de sus faldas aladas, empujándose unas a otras, ansiosas de ver, porque eran muchas y el agujerito único, hasta que tuvo que acudir el signor Riccardi a poner orden, gritandoles:

—A su puesto en la escena.

Y las muchachas fueron separándose del telón y colocándose en su puesto, menos las más recalcitrantes, que deseaban echar una última ojeada.

—¿Dónde está Fraulein

Gluck? — preguntó el maestro.

Y, buscándola con la mirada por todas partes, la descubrió, al fin, entre hastidores, dándose un ardiente beso con su novio, con el pianista Toni.

Aun tuvo el maestro que acudir al telón para arrancar del agujerito a las últimas bailarinas que aun continuaban mirando por él, reprendiéndolas:

—¡No sean tan curiosas!

Y, cuando, por fin, se marcharon todas a ocupar sus puestos, no pudo él tampoco resistir a la curiosidad, y miró a su vez.

La platea y los palcos del Gran Teatro de la Opera deslumbraban por el lujo y la elegancia aristocrática del gran público que asistía a aquella función de gala honrada por el Emperador con su asistencia. Y la Corte de Viena tuvo fama de ser la más selecta y suntuosa del mundo.

En los palcos, las damas de la más rancia nobleza lucían sus escotes sobre los que los brillantes y las perlas que valían colosales fortunas ponían su nota de esplendor y distinción. Los caballeros vestían irreprochablemente el frac, porque aun no había



sido inventado ese frac «Codorniu» llamado smoking.

Y todo aquel público, al sonar los timbres anunciando la llegada del Emperador, mientras la orquesta se preparaba para tocar el himno imperial, se puso respetuosamente de pie con devoción cortesana.

Y apareció en el palco, a la derecha del proscenio, la venerable figura de Francisco José con sus patillas blancas como las de nuestro don Ramón de Campoamor. El viejo Emperador patriarcal, que parecía eternizado en el trono viendo cómo en los demás reinos y Estados morían los reyes y les sucedían sus herederos mientras él continuaba fuerte como un viejo roble.

Y, tras de él, apareció el joven archiduque Gustavo, todo mocedad y gallardía, de elegancia suprema, vistiendo con distinción el uniforme militar.

La orquesta entonó el himno imperial y todo el público prorrumpió en atronador aplauso tributado a su soberano mientras éste se sentaba en el centro del palco y lo hacía a su izquierda el Archiduque. A la derecha del Emperador lo hizo la vieja princesa de Reidheim, completamente sorda, y a la izquierda del Ar-

chiduque, su gentilhombre el barón Szereny. Los demás cortesanos se sentaron detrás.

Terminado el himno y los aplausos, se alzó el telón y comenzó el baile. Las bailarinas de pies alados tejían sus danzas llenas del ritmo dulce, suave y selecto de aquellos tiempos del vals. Y el público, comenzando por el mismo Emperador, como suele ser costumbre en tales actos espectaculares, en los que el principal espectáculo está en la sala y no en el escenario, no se ocupaba en absoluto del baile y dirigía sus miradas y sus gemelos a la platea y a los palcos, pasándose revista mutuamente toda la aristocrática concurrencia.

Mientras que las inocentes e inéptas bailarinas se encontraban pendientes del palco imperial y, sobre todo, del Archiduque, que ni siquiera se daba cuenta de que existieran y bailaran. Y cada una de ellas, lleno el pecho de emoción, cuando le tocaba destacarse y hacer momentáneamente de figura principal bailando sola mientras las otras adoptaban actitudes artísticas, se esforzaba en aparecer bella y en sonreírle al Príncipe. Era en aquellos tiempos tradicional que los grandes personajes asistie-

sea amoríos con bailarinas, cosa lógica si se tiene en cuenta que eran éstas escogidas entre las mujeres más guapas de la Corte. Y, naturalmente, todas soñaban con conquistar a aquel joven tan gallardo dotado del supremo esplendor de su alcurnia. Sobre todo cuando le tocó la vez a Fanny, la muchacha de los rizos se deshizo materialmente en sonrisas, agitando la cabeza para lucir los bucles en los que ella tenía puestas todas sus esperanzas como elemento de seducción.

Entretanto, el Emperador le decía a su sobrino:

—Gustavo: dentro de dos semanas se anunciarán tus esponsales con la princesa Matilde von Reidheim.

En aquellos tiempos y en aquella Corte se hacían así las cosas. El viejo Emperador decidía a su capricho la suerte de sus familiares y concertaba un matrimonio sin previa consulta, fundamentándose en las que él calificaba de razones de Estado.

El Archiduque torció el gesto y le preguntó en voz baja al barón Szereny:

—¿Cuál de las hijas de la vieja princesa de Reidheim es esa Matilde?

Y Szereny le respondió tam-

bién en voz baja, haciéndole torcer más aún el gesto:

—La más fea.

Para disimular su contrariedad, Gustavo se puso a inspeccionar con sus gemelos los palcos. En uno que había frente al imperial vió a una deliciosa dama que le miraba sonriente y le hacía gestos cariñosos, y en la cara del Príncipe floreció una alegre sonrisa. Era Sarika, la condesa Rafay, la mujer que idolatraba, el supremo cariño que hacía hervir su sangre juvenil en sus venas.

Pero, cuando más entusiasmado estaba mirándola, lo notó Szereny y le dijo rigurosamente por lo bajo:

—¡Que no os sorprenda mirándola el Emperador!

Este también recorría los palcos con sus gemelos, y su mirada recayó sobre la dama que le sonreía a Gustavo.

—¿Quién es — preguntó — aquella dama de ese palco de enfrente que me está sonriendo? ¿La conoces, Gustavo?

—No, Majestad — respondió el joven.

Y Szereny aclaró:

—Es la encantadora condesa Rafay de Budapest.

—¡De la terrible familia Rafay! — dijo Francisco José.

—Sí... Son demasiado ambiciosos.

Y el Emperador, que debía saber algo, aunque diplomáticamente lo ocultara, le dijo a su sobrino:

—Yo no me opondría nunca a que un joven de mi familia se divirtiera... con una inofensiva bailarina, por ejemplo... Son cosas de la edad... ¡Pero con una mujer como la Rafay...!

—Majestad — dijo el Príncipe —. Yo poco podré divertirme, puesto que dentro de dos semanas me mandas a Reidheim.

—¿Hay algo que te retenga en Viena?

—Estoy... enamorado.

Y escuchando aquellas palabras, Szereny dió un respingo. El Emperador era severísimo y le había puesto a él como gentil-hombre de su sobrino para que cuidase de su conducta. Aquellas palabras le comprometían.

—¿Enamorado? — preguntó el viejo sonriendo maliciosamente—. ¡Qué desatino!... ¿Y quién es ella?

Y mientras Szereny sentía que le ponía la carne de gallina, Gustavo contestó con la mayor naturalidad:

—Es... una bailarina.

—¿Una de esas que bailan ahí?

—Sí, Majestad.

Y sonriendo paternalmente exclamó:

—¿Por qué no me lo has dicho? Gustavo tiene derecho a pasar algunos meses en Viena.

—Ciertamente — aseveró Szereny —, algunos meses... de recreo.

—Szereny: ¡Tú siempre has sido un mentecato!

Y mientras el Barón daba otro respingo al escuchar la frase del Emperador, éste se volvía a la princesa de Reidheim sentada a su derecha y le hablaba, poniendo ella una larga trompetilla en su oído para poder escuchar las imperiales palabras.

—Mi sobrino desea casarse con vuestra hija inmediatamente... pero, por razones de Estado, el matrimonio se aplazará por seis meses.

—¡Qué suerte la mía de tener un tío tan magnánimo!

—¿Estás contento?... Bueno, son cosas de la edad que yo me explico, porque también he sido joven, y a cada edad hay que darle lo suyo, siempre que no padezcan los sagrados intereses que nos están confiados... Y, ahora,



dime: ¿Cuál de las bailarinas es ella?

Y enfiló con sus gemelos la escena.

—¿Es acaso esa buena moza de cabello negro?... ¿O la de los rizos ondulantes?

Y les fué pasando a todas revista mientras Gustavo callaba y mientras, en el escenario, entre bastidores, Toni celoso le decía en voz baja a su novia:

—¿No puedes apartar los ojos del Archiduque, eh?

Y la joven le hacía gestos que fueron notados por el director, poniéndole furioso, al mismo tiempo que el Emperador le decía a su sobrino, señalándola:

—Debe ser aquélla... No queda otra.

Y Gustavo, no pudiendo negar, respondió:

—Sí, Majestad... Esa es... ella.

## II — NO LA AMA

Cayó el telón y, entre el revuelo de las bailarinas, el director se acercó a Fraulein Gluck diciéndole furioso:

— ¡Queda usted despedida!

— ¡Pero Herr Moeller!... ¡No es justo!

— ¡Cállese!

Y el maestro de baile intervino:

— Debiera haber sido echada hace mucho tiempo.

— Ea, todas a sus camerinos.

Y, en su camerino, la señorita Gluck lloraba mientras Fanny, su inseparable amiga, le decía:

— ¿Para qué miraban entre bastidores y hacías muecas?

Pero en aquel momento irrumpió en el camerino el signor Ric-

cardi deshaciéndose en amabilidades y ofrendándole unos ramos a la señorita Gluck mientras le decía:

— ¡Lisl!... El director le manda estas flores... Los gestos coquetones aquellos que hizo mirando entre bastidores fueron el triunfo del ballet.

— Los repetiremos todas las noches — dijo Fanny.

Y Lisl, como le llamaban familiarmente a la señorita Gluck, levantó la cabeza con los ojos cuajados de lágrimas y protestó:

— ¿A qué vienen esas bromas tan pesadas después de haber sido despedida?

Pero a continuación entró el

director, se inclinó en profunda reverencia ante la joven y le dijo con el mayor respeto:

—Tengo el honor de presentarle al barón Szereny.

La joven vió con sorpresa delante de ella al Barón, viejo, con patillas de boca de hacha, empaquetado en un uniforme cortesano, que le saludó con una parca reverencia sin doblar la cintura, inclinando solamente la cabeza, y le dijo:

—Fraulein, me es grato informaros... que su Alteza admira... el arte con que baila.

—¿Dijo algo de mis rizos?— preguntó Fanny, recibiendo una mirada desdeñosa por toda respuesta.

—Fraulein, su Alteza os invita a cenar esta noche con él... El carruaje espera... Se os ruega... se os ordena, cambiar de ropa tan pronto como sea posible.

Hizo otra inclinación de cabeza, se volvió al director, y echando la cabeza para atrás y mirándolo de arriba abajo, le dijo en tono autoritario:

—Explicadle que es objeto de una gran distinción... Y que debe aparecer tan atrayente... tan amable y tan encantadora como sea posible.

Y salió majestuosamente del

camerino para dirigirse a su coche a esperar en él a la bailarina para llevársela al Archiduque, mientras la joven decía:

—Pero... yo no deseo cenar... ¡No siento apetito!

—¡No puede usted rehusar! — exclamó el director—. ¡Nos arruinaría usted!

Poco después, vestida en traje de calle la señorita Gluck montaba en la berlina descubierta del barón Szereny, al lado de éste, y el coche arrancaba.

Y la joven, toda trémula y azorada, le preguntaba torpemente:

—Disculpe... Quería preguntarle... en qué café debo reunirme con él.

—La cena — le respondió con prosopopeya el edecán — será servida en la quinta de su Alteza el Archiduque.

... ..

Fanny también se había despojado de su traje de bailarina y se retiraba a su casa en el «rip-pert» de su novio Willy, sentada en un estrecho asiento que había en la plataforma delantera desde la que Willy guiaba su famoso caballo llamado Mitzy.

Y el conductor de aquel primitivo vehículo precursor de los modernos tranvías y de los actuales autobuses, de cuando en

cuando, para atraer pasajeros, anunciaba el paso del coche tocando una estridente cornetilla, diciéndole al caballo:

—¡Arre, Mitzy, date prisa, que lleguemos pronto!

El único pasajero que ocupaba el interior del coche, molesto por aquel sonido chillón de la corneta, protestó:

—¿Para qué toca usted tan alto?

—Si usted quiere tocaré más bajo — le respondió Willy tocando otra trompetilla que daba otra nota más baja, aunque no menos estridente.

—¡Eso es peor aún! — exclamó el pasajero apeándose desesperado.

Y se quedaron solos los dos novios, comentando ella:

—¿No te parece un notición estupendo el de lo que le ha ocurrido a Lisl con el Archiduque?

—Sí que es curioso.

—Pero no te hace mucho efecto.

—Es que yo, rica mía, exteriormente soy frío como un pepino... Pero dentro de mí llevo un volcán.

—¿Te das cuenta de tu suerte?... Ahora que el Archiduque eligió a Lisl... en lugar de pren-

darse de mis rizos y elegirme a mí... podré ser tuya... ¿Has oído?... Ahora puedo casarme contigo.

—Me siento muy feliz — respondió él con la mayor frialdad.

—¿Qué hace el volcán que no provoca una erupción?

—Como eres la muchacha que amo... no debe extrañarte que te muestre un poquito de emoción.

—¡Emociónate! ¡Es eso lo que quiero!

—Te recitaré una cancionilla que he compuesto.

—¿Una canción?

—Al recorrer las calles tocando el cornetín... el pa-ca-pa de Mitzy y el din-din de los cascaheles... despiertan en mí la música y la poesía.

—¿La poesía del amor?

—De algo muy querido para mí.

—¡Dime ese verso, Willy!

—Muy bien; tú toca el cornetín si alguno cruza la calle, para evitar un atropello mientras canto yo.

Y con el acompañamiento de los dos cornetines, bajo y alto, cantó una cancioncilla llena de vis cómica, tanto en la música como en la letra que decía:



*«Tengo una suerte sin par,  
Pues he logrado alcanzar  
Un valioso galardón,  
Una beldad sin cuestión.  
Mírala, qué paso y qué aire.  
Mírala andar. ¡Qué donaire!  
De día, ambos trabajamos.  
De noche, nos damos tregua.  
Es Mitzy, mi linda Mitzi,  
Mi linda... yegua.»*

Luego continuó, interrumpido graciosamente por Fanny, que seguía acompañando la canción con las cornetas:

*«Sus ojos muestran sus bríos.»  
—¿Y qué te dicen los mitos?  
«Su cola es rizada y bella.»  
—Anda... y cástate con ella.  
«Mírala qué paso y qué aire,  
Mírala andar, qué donaire.  
Y tiene cascos veloces,  
Puede correr una legua.  
Es Mitzi, mi linda Mitzi,  
Mi linda... yegua.»*

Fanny, desilusionada, al ver que el guasón de su novio le cantaba a su yegua y no a ella, se dejó caer en el asiento mientras Willy arreaba al caballo.

... ..  
Llegó, por fin, a la quinta del Archiduque. Szereny acompa-

ñando a Lisl Gluck, y acudió a abrir Nepomuk, el ayuda de cámara, sumamente obeso y más finchado aún, que hablaba grandilocuentemente con una entonación campanuda.

—Informe a su Alteza — le dijo el Barón — que Fraulein Gluck ha llegado.

Nepomuk, sin decir palabra, recogió el cubrecabezas del Barón y lo depositó en la percha.

—Muy bien, mayordomo.

—Su Alteza ha preguntado tres veces por la dama... ¿Me permitis, encantadora señorita, encargarme de vuestras prendas?

Lisl estaba azoradísima y no sabía qué hacer, no consintiendo que el criado le quitase la sombrilla. La retenía ansiosamente, como la única arma de que disponía para poderse defender. Todo aquel mundo le parecía extraño y hostil, con aquel señor tan estirado y con aquel criado tan engolado que usaba una librea que parecía el uniforme de un general.

Y cuando se retiró Nepomuk a anunciarle al Príncipe la llegada de la bailarina, el Barón, para acabar de aturdira más, le dijo:

—A su Alteza le gustan las orejas bonitas y nacaradas.



Y con sobresalto de la joven, se le acercó, apartó los cabellos que le cubrían las orejas y las examinó atentamente exclamando al mismo tiempo:

—¡Y las tenéis bonitas... y nacaradas!... También le gustan los cuellos blancos y hermosos.

Y con mayor susto aún de la joven, procedió a desabrocharle el justillo que le cubría la garganta.

—¡Blanco y hermoso lo tenéis! — exclamó mientras ella se separaba de él, procurando volverse a ahrochar, sumamente avergonzada, cayendo sentada en una silla, dominada por inmensa emoción.

—Y también le gustan los tobillos bien formados — añadió el Barón inclinándose con el intento de levantarle la falda.

Pero ella le atizó un soplamocos diciéndole:

—¡Viejo pegote!... ¡Déjeme en paz!

—¡Oh, señorita! Nunca uséis esa palabra. ¡Pegote! ¡Qué ordinarioez! No le gusta al Archiduque... ni tampoco a mí.

Volvió Nepomuk anunciando:

—Su Alteza vendrá dentro de un minuto.

—Deseo, señorita, que paséis un rato agradable.

Y Szereny salió de la habitación tras de Nepomuk dejándola sola. En la habitación inmediata se acercó el viejo a un espejo, contempló su figura y murmuró:

—¡Pegote!

Le había escocido el calificativo.

Y apareció en la habitación el Archiduque con toda la simpatía de su juventud, aunque visiblemente preocupado.

—Buenas noches, *fräulein*.

—Buenas noches, Alteza.

—¿Pasaremos al otro aposento?

Ella estaba cada vez más azorada y todo le daba miedo.

—¿No podríamos continuar aquí?

—Pero... ¿no deseáis cenar?

Ella miró a la otra habitación a donde la invitaba el Príncipe a pasar, y vió en ella servida la mesa, lo que la tranquilizó y pasó sonriendo. Gustavo separó una silla, y ella se sentó ante la mesa.

—¿Cómo os llamáis?

—Elizabeth Gluck; Pero mis amigos me llaman Lisl.

—Os llamaré Lisl también... Servíos caviar.

Y mientras la joven se encontraba en un apuro, porque no sabía cómo se comían aquellas pil-

doritas que veía por primera vez, el Archiduque se ponía a pasear de un extremo a otro de la habitación, diciendo:

—Prefiero caminar cuando hablo de algo importante.

—Yo creía que para hablar los hombres se sentaban.

—¡Pues yo camino!

Y viendo que la muchacha no acababa de decidirse a meterle mano al caviar, cogió una rodaja de pan y extendió sobre ella el rico manjar.

—Permitidme que os sirva el caviar—y algo nervioso también, sin saber cómo decirle lo que le tenía que decir, le metió la rebanada en la boca, casi ahogándola.

Luego continuó caminando y hablando:

—Es tradicional que príncipes y archiduques se enamoren de bailarinas... Pero... aunque sois bailarina... y yo archiduque... y sin menospreciar vuestros encantos femeniles... ¿Os lo ha dicho Szereny?

—¿Quién? ¿El viejo Pegote?

—¿Pegote? ¡Oh, el apodo le cac a las mil maravillas! ...¿No os ha dicho que este arreglo nada tiene que ver... con el amor?

Y ella se levantó gozosa y preguntó alegremente:

—¿No me haréis el amor?

—¡Nunca!

—¡Gracias, Alteza!

—¿Os alegráis de ello?

—¡Oh!... No es que me disgustéis... Pero era mi situación tan violenta...

—Entonces me será más fácil explicaros la situación... Podéis hacerme un gran servicio viviendo aquí.

—¿Vivir aquí?—preguntó ella atemorizada.

—¡No temáis nada!... Vuesttras habitaciones estarán separadas de las mías. Será mejor que os revele el secreto.

En esto se escuchó el ruido de un coche y Gustavo exclamó:

—¡Un carruaje! ¡Debe ser ella!

## LA CONDESA RAFAY

Corrió el Archiduque a la ventana, descorrió los visillos y miró al exterior, viendo abajo parado un coche y en él a su idolatrada Sarika, la condesa de Rafay, la mujer idolatrada, que le hacía señas con la mano.

Y abandonando la ventana se dirigió a Lisl y le dijo apresuradamente, impaciente por marchar:

—Es ella, la mujer a quien adoro... El Emperador no consentiría jamás mis relaciones con ella, y para evitar sus sospechas, le dije que estaba enamorado de vos.

Entretanto había llamado y se presentó Nepomuk.

—¿Llamasteis, Alteza?

—Sí. Voy a salir.

—¿Desea su abrigo la dama?

—No — respondió Lisl tomando la decisión de continuar aquel juego.

—¿Se queda la dama? — preguntó campanudamente Nepomuk.

—La dama se queda.

Y el criado se retiró lleno de asombro. De manera que, teniendo allí aquel pimpollo esperado con tanta impaciencia, se marchaba el Archiduque y ella se quedaba allí... ¡Era desconcertante!

—Sois muy bondadosa en consentir — le dijo Gustavo—. Tendréis trajes lujosos. Vuestro carruaje propio... Y a mí me será



grato ayudar a vuestros amigos.

—¿Ayudaréis a mis amigos?

—Naturalmente. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Viviréis en vuestras habitaciones y nunca entraréis en las mías.

—¡Nunca!

Y, cuando ya iba a marcharse, se detuvo un momento, la miró con curiosidad y le dijo:

—Y escuche: No es por interés, sino por mera curiosidad... Desearía veros con el cabello recogido atrás.

Y se marchó impaciente de reunirse con la Condesa.

Lisl miró por la ventana y lo vió ya en el coche abrazando y besando con apasionamiento a la que estaba allí esperando. Después tiró del grueso cordón de la campanilla y se sentó ante la mesa, presentándose al punto el ayuda de cámara, a quien le dijo:

—Tinta, pluma y papel. Voy a escribirle a un amigo. La carta la llevará usted mismo mañana a primera hora. Y llévele también un tarro de caviar.

—¿Un tarro entero?

—Sí. Un tarro entero. Le gustará muchísimo.

—No lo dudo, fräulein.

Y la joven encabezó la carta con estas palabras:

«Mi querido Toni»

Y se detuvo mucho tiempo pensativa sin saber cómo explicarle su extraña aventura.

A la mañana siguiente se levantó Lisl de excelente humor, y cuando vió a Nepomuk le preguntó:

—¿Se ha levantado ya el Príncipe?

—Su Alteza no regresó anoche.

—Gracias por la bata que me trajo.

—El Archiduque la guarda siempre por si viniera por aquí su tía Sofia.

—¿Y la carta?

—La entregué. Atacaron el caviar antes de que yo saliera.

—¿Con quién estaba mi amigo?

—Con un conductor de tranvías.

Y cuando el ayuda de cámara salió, la joven se puso alegremente a cantar:

*En la edad sin ilusión  
Me hará vivir tu recuerdo.  
En la edad sin ilusión,  
Mi amor en ti vivirá.*

Y mientras resonaba aún en los aires el ritmo de la canción sentimental, llegó el Archiduque saludando:

—Buenos días. Espero haya pasado una cómoda noche y haya descansado.

—Gracias. Y yo espero que hayáis disfrutado en vuestro paseo matinal.

—¿Cómo sabéis que he paseado?

—Nepomuk me lo dijo.

Y el Archiduque se volvió mirando severamente al ayuda de cámara allí presente, exclamando:

—Desde hoy le comunicaré diariamente cuanto hago para que se lo cuente a fräulein Gluck.

Y salió malhumorado, mientras la joven continuaba cantando:

*Me hará vivir tu recuerdo  
En la edad sin ilusión.  
Mi amor en ti vivirá.*

Y llegó el barón Szereny preguntándole a Nepomuk:

—¿Se ha levantado?

—Sí, Excelencia. Esa es fräulein. Está cantando.

Y, tras de dar unos golpecitos discretos en la puerta, penetró

en la habitación de la joven seguido de cuatro señoritas que conducían varios paquetes.

—Buenos días. Pegó... digo, Barón.

—Os he traído varios trajes.

—¿Trajes? ¿Para mí?

Y corrió presurosa con curiosidad femenina a inspeccionar lo que traían las modistillas.

—¿Para qué los lucáis al salir con su Alteza.

—¿Elije usted trajes para las amigas de su Alteza?

—No os podéis imaginar cuánto tengo que hacer por ellas.

«Valiente papel desempeñas, amigo».

... ..

Aquella noche fué el Barón de Szereny a visitar a la condesa Rafay y le recriminó porque la noche anterior había sido vista junto al archiduque Gustavo.

—¿Y qué importancia tiene que me vieran con él? Demasiada paciencia fué la mía para esperar hasta las doce de la noche, tras de la función teatral.

—Condesa, no busque usted al Archiduque.

—¡Buscarlo yo! ¡El tiene que buscarme a mí, si quiere!

—Pero usted le comprometo.

—Esté tranquilo. Ya se com-



prometerá él si quiere, porque yo no he de perseguirle. ¿Por quién me ha tomado usted a mí?

—Mejor será que no lo baga.

—¡Qué insolencia!

Y en esto llegó el archiduque Gustavo.

—Buenas noches, Sarika — dijo — *En tête à tête* con... Pegote?

Al escuchar aquel apodo, el Barón dió un respingo.

—¿Qué haces aquí, Szereny?— le preguntó luego a su gentil-hombre.

—Tu perro sabueso ha venido a insultarme — le dijo la Condesa.

—Le he prevenido que su Majestad...

—Decidle a su Majestad que pertenezco a la familia Rafay... una de las más antiguas.

—Sí... Que data del Arca de Noé.

—No, Szereny... Los Rafay tenían su arca propia.

—¿Ahora te pones de su parte e intentas burlarte de mí?

—No, no me pongo de su parte.

Y volviéndose hacia el Barón, de espaldas a la dama, le dijo con la mayor severidad mientras le guiñaba maliciosamente un ojo:

—¿Cómo te atreves a inmiscuirte en mis asuntos?

Y el Barón, burlescamente, se inclinó ante ella diciéndole:

—Condesa: gracias por vuestra grata hospitalidad.

Y, tras de marcharse el Barón, ya solos los dos enamorados, preguntó la de Rafay:

—¿Dónde iremos a cenar esta noche?

—¿No sería mejor cenar... aquí?

Y aquello exasperó a la vanidosa Condesa para quien lo interesante era que todo el mundo se enterase de que la amaba el Príncipe.

—¡Oh! ¿Te avergüenza el exhibirte conmigo?... ¿Quieres esconderme como a una modistilla insignificante?... ¿Quién crees que soy?

—Tienes razón, mujer, pero...

—Rechusas a casarte conmigo... Soy sólo una... cualquiera de quien puedes deshacerte... cuando te plazca...

Y, bruscamente, dió media vuelta y se marchó dejándolo allí plantado.

El Archiduque no estaba acostumbrado a desplantes como aquél y<sup>8</sup> sufrió mucho su amor propio, llenándose su corazón de ira, y salió de casa de la Condesa

indignadísimo, dirigiéndose a su quinta.

Entre tanto, en ésta, Lisl había recibido la visita de su amiga la ingenua Fanny, que contemplaba maravillada y envidiosa los elegantes trajes que había llevado aquella mañana «Pegote» y que comentaba:

—¿Dices que te trata como a un amigo?... Pero a un amigo no se le regalan trajes como estos.

—Me han dicho que es para cuando salga con él.

Se oyeron voces en la antesala y Lisl comentó:

—Deben de ser Toni y Willy. Sal tú a recibirlos y diles que me estoy vistiendo. Dentro de un momento acabo.

Salió Fanny y se encontró solamente con su novio.

Le preguntó antes de verlo a Nepomuk:

—¿Han venido dos caballeros?

—Un caballero.

—¿Sólo uno?

—Sí, fräulein, uno solo.

—Hágalo pasar.

Y el ayuda de cámara abrió la puerta y se presentó en ella Willy.

Pero, cuando iba a entrar, con la gorra en la mano, Nepomuk,

siempre protocolario y celoso de sus deberes para con los distinguidos visitantes de su Alteza, le pidió:

—¿El sombrero... señor?

Y Willy se encasquetó la gorra que Nepomuk le quitó de la cabeza.

—¿Y Toni?

—Toni no quiso venir.

—¿No le explicaste la situación?

—No... Temí que viniera.

—¿Qué le diremos a Lisl?

—Deberíamos decirle la verdad... Que he visto a Toni con otra muchacha... Y me saludaron... ¡Me dió una rabia!... Me hervía la sangre y estuve a punto de... no contestarles el saludo... Lisl debe enterarse de que es un canalla sinvergüenza.

Esta, en cuanto estuvo vestida, abrió la puerta y salió llena de impaciencia, creyendo que estaba allí su novio y diciendo:

—¡Toni, mi querido Toni!

—¡Oh, Lisl! —exclamó Willy.

—¡Qué bonita estás!

Ella miraba a todas partes en busca de Toni, y Fanny, compasiva, le excusó:

—Toni ha tenido que ir a un ensayo.

—¿Qué le vamos a hacer? —exclamó la triste con designación

—Eso significa que no le veré más.

—Ojalá estuviese aquí para divertirnos.

—¿Y no podremos divertirnos también sin él?

Habían entrado en la habita-

ción de Lisl y ésta le dijo a Willy:

—Siéntate y toma una copa.

—Mira, Willy—dijo Fanny—. Toca algo alegre en el piano.

Y el tranviario se sentó en el piano y comenzó a tocar.

## LOS AMIGOS DE LISL

—Esa música—dijo Fanny—es de «La novia del bandido».

—Imitaré—dijo Lisl—a la prima donna cuando entra en escena.

Y salió a la habitación inmediata, se ató una amplia capa negra al cuello y penetró de nuevo en la estancia cantando.

Pero antes, Fanny le había dicho a Willy.

—Tienes que entretenerla, a la pobre.

Y Willy había comenzado a cantar con voz desafinada y áspera.

—No cantes—le dijo su novia—sigue tocando nada más.

Y Lisl apareció en la puerta con su capa haciendo gestos mimicos.

—¡Oh, la imitas a la perfección!

—¿Recuerdas cómo entra?

—¿Que si recuerdo?... ¿Y cuando rompe la orquesta a tocar?

En aquel momento llegaba a su quinta el Archiduque presa de horrible malhumor por la escena y el desaire que le había hecho la condesa de Rafay y llamó a gritos a su ayuda de cámara:

—¡Nepomuk!

—Mande, Alteza.

—Quiero cenar en el acto.

—Su Alteza será servido.

En aquel momento llegó a sus oídos el bulgorio que provenía de las habitaciones de Lisl y preguntó:

—¿Qué escándalo es ese?



—Fräulein Gluck tiene visitas.

—¡Diles que se callen!

Y, cuando el criado marchaba a cumplir la orden de su mal-humorado señor, éste se arrepintió y lo detuvo.

—Espera... Iré yo mismo.

Y llegó hasta las habitaciones de Lisl y se paró en la puerta sin entrar contemplando la escena.

—La aristocrática dama — decía Lisl — le ruega al bandido que ponga en libertad a su hermana a quien ha secuestrado.

—Vamos a representar la escena — decía Fanny — Yo haré de capitán de bandidos.

Y se sentó en un butacón poniéndose unos fantásticos bigotes postizos con unos topos de lana que encontró mientras Lisl rompía a cantar deliciosamente:

*«Aunque soy noble duquesa,  
En sentimientos soy como vos,  
Y es como el vuestro mi corazón.»*

Y el fingido capitán de bandidos le respondía:

*«Yo no tengo corazón.  
Tu hermana está en mis manos  
[y mía será.]»*

Y Lisl continuaba cantando:

*«¡Librad, os ruego, a mi pobre  
[hermana]  
¡No hagáis su vida siempre infe-*  
*[liz]*

*¡Librad, os ruego, a mi pobre  
[hermana]  
Y si queréis... ¡probadme amor!»*

El Archiduque contemplaba la escena complacido. Su ceño se había desarrugado y la gracia de Lisl había llenado su alma de placidez y de optimismo. Pero aun se sintió más complacido cuando oyó que Fanny, poniéndose en pie y arrojando el casi ilusorio bigote, le dijo a su amiga:

—¡Pero yo no soy el jefe de los bandidos!... ¡Soy el Archiduque!

Y, ante aquella evocación, los dos jóvenes unieron sus bocas en ardiente y enamorado beso.

Y, entonces, el archiduque entró sonriente.

—¡Oh, alteza!... Me siento tan feliz, que soy muda... Nunca imaginé que llegaría a conoceros... en vuestra propia casa.

Y Willy saltó:

—Un momento, Muda... El desea saludarme.

Y el Archiduque, sonriente, le alargó la mano, mientras Willy continuaba diciendo:

—Ya os conocía, pues la cuñada de mi madre tiene una amiga... que le lava la ropa interior a vuestra tía.



—Entonces somos buenos amigos — dijo Gustavo sonriendo y dándole otro apretón de manos.

Y después añadió:

—Me habéis curado de una rabietta horrible y debo daros las gracias.

—No hay de qué — dijo Willy—. Siempre que las tengáis, nos será grato curaros.

—Sé un juego de manos con un vaso y una horquilla... Y puedo también imitar a las aves.

—Me agradaría oíros. Pero... perdonad una intromisión.

Y dirigiéndose a la señorita Gluck le dijo lisonjero:

—Sois... No lo había notado hasta ahora... Sois muy hermosa, Lisl.

—El barón Szereny — dijo Fanny — le ha hecho traer varios trajes con los que está muy guapa.

—Me dijo... que vos y yo... de vez en cuando... para llenar las apariencias.

—Sí, por cierto.

—¿Podríamos salir ahora?

—Perfectamente. Nos acompañarán vuestros amigos. Esperad, tengo una idea.

Y cuidadosamente abrió de repente la puerta de manera que Nepomuk, que estaba en cuclillas escuchando por el ojo de la

cerradura, a poco no cae rodando dentro de la estancia.

—¡Siempre previsora! ¡Siempre te encuentro a mano! ¡Ven aquí! Viste a este caballero con uno de mis trajes de etiqueta... Fraulein... usadéis uno de los vestidos de Lisl... Vamos al jardín de Schmidt.

Y Willy estrechó sus dos manos diciéndole:

—Archiduque, sois archibondadoso.

Y pronto estuvieron todos vestidos de etiqueta, menos el Príncipe, que vestía de uniforme. Por cierto que fueron grandes los apuros de Nepomuk para vestir a Willy, porque le estiró lo menos ocho veces el frac para que quedaran en su sitio las solapas, y el tranviario se ensancho el cuello otras tantas levantando las solapas para estar más cómodo. Y luego le dió un gran susto cuando, ante sus narices, disparó el clac transformándolo en un flamante sombrero de copa.

Y se fueron al jardín de Schmidt en donde una banda tocaba una canción coreada por el público.

*¡Levanta la copa... y brinda  
[por mí]*

*¡Levántala y bebe feliz.*

*Que yo alzo la mía... y brindo*  
[por tí.

*La vida sonríe.*

*Es Viena que canta... Es Viena*  
[que ríe.

*¡Levanta la copa... y brinda*  
[por mí!

*Que yo alzo la mía... y brindo*  
[por tí.

Apenas se presentó allí el Archiduque, el gerente, tras de hacerle profundas reverencias, le acompañó hasta una mesa preferente, alrededor de la cual se sentaron los cuatro; Lisl a la izquierda de Gustavo.

—Ella — le dijo Fanny en voz baja a Willy — debería sentarse a su derecha.

—Entonces ¿con qué mano cogería él la cuchara?

El gerente se encontraba detrás de ellos, dispuesto a servirles lo que pidieran.

—¿Qué deseáis cenar, Lisl?— preguntó el Archiduque.

—No tengo apetito, Alteza.

—¡Oh, cuidado de que nadie os oiga llamarme así!

—Entonces ¿cómo debo llamaros?

—Llamadme querido.

Y el gerente preguntó:

—¿Tomarán guiso de ternera, o salchichas con coles?

Y al compás de la música, en broma, fueron canturreando.

—Yo prefiero mi plato favorito...

—Ternera a la vienesa... con fideos — canturreó Willy.

—Ternera a la vienesa... y torta de manzanas.

—Ternera a la vienesa con fideos.

Y toda la concurrencia estaba pendiente del Archiduque y de su cena.

Y el gerente iba personalmente a la cocina a encargarla y lo hacía canturreando al compás de la música:

—Ternera a la vienesa, con fideos... y torta de manzanas.

El Archiduque, complacido, había luego enredado conversación con Lisl y sus amigos.

—¿Van todas las noches a casa en «rippert»?—

—Ahora es muy agradable — dijo Lisl — porque los coches son abiertos.

—Al llegar a casa — añadió Fanny — preparamos el café.

—Y a veces — dijo Lisl — huevos fritos.

—¿Los cocináis vosotras mismas?

—No tenemos cocina, sino una estufa escondida debajo de la cama.

—La patrona nunca barre debajo de la cama.

—Ayer barrió debajo de la mía — dijo Willy — y me encontró a mí.

La gente, entretanto, murmuraba y le preguntaba al gerente:

—¿Quién es la compañera del Archiduque?

—No la conozco.

—Es el archiduque Gustavo... Y ella, ¿quién es?

—No ha estado aquí nunca hasta ahora.

Y luego le preguntaba al gerente el cocinero, con supremo interés:

—¿Comió el Archiduque entero el plato de ternera?

—Sí, el plato entero.

Y el Archiduque, encantado de aquellas conversaciones nuevas para él e impregnadas de franca lealtad, les decía a sus nuevos amigos:

—¡Sois tan diferentes de las personas a quienes traté! ¡Gente que sólo habla de chismes cortesanos!

—¡Oh, mirad! — dijo Lisl muy apurada —. ¡Una mancha en vuestro uniforme!

Y con su dedito y su pañuelo comenzó a frotar y a frotar, tratando de hacerla desaparecer, y

hasta mojó de saliva con la puntita de la lengua el pañuelo.

—Hemos tratado, en cambio — continuó el príncipe — de temas muy sencillos, como de los «crippers».

—Yo tengo para el mío una jaca magnífica que se llama Mitzi... Esta es la mejor estación para pasear en «crippers» y gozar del fin de la primavera. El tiempo peor es, en cambio, el principio de la primavera.

Y el Archiduque miró intensamente a Lisl y le dijo:

—Veo que habéis seguido mi consejo y lleváis el cabello recogido detrás de las orejas.

—Me gusta a mí también llevarlo así.

—En abril — seguía diciendo Willy — el tiempo es muy variable y no sabe uno si empeñar la ropa de verano o la de invierno.

—¿No trabajas de noche ahora? — preguntó Lisl.

—Sí, tendremos que marcharnos.

—¿Nos marcharemos todos?

—No, quédate tú, querida.

Y el Archiduque se despidió, puestos ya en pie los que se iban a ir:

—Buenas noches, Willy.

—¡ Me ha llamado Willy!



— exclamó éste en la oreja de Fanny.

Y le alargó la mano a su Alteza diciéndole con la mayor familiaridad:

— Buenas noches, Gustavo... Ahora que hemos intimado... nos veremos a menudo.

— Y hasta daremos algún paseo en «rippert».

— No, en mi coche, si alguna vez llego a tenerlo.

— ¿Queréis tener un coche?

— Estoy ahorrando dinero para poderlo comprar.

— Ya lo creo que ahorra — dijo Fanny.

— Ya tengo la gorra y el látigo, pero me falta lo demás.

— Y mañana tendréis el coche.

— ¿Para que lo arrastre Mitzí?

— Por supuesto.

— ¡Qué amigazos que somos! ¿Eh?— y se marchó cogiendo de sobre la mesa una botella de vino y explicando al ver que miraban su operación con extrañeza.

## V. — SE INICIA UN IDILIO

Una vez solos el Archiduque y Lisl, dijo ésta:

—Este vinillo es curioso. Al principio alegre... y después adormece.

—Es cierto: al principio da bríos y luego sueño.

—¿Qué más puede pedirse de un buen vino, señor? — intervino el gerente.

La orquesta atacó una canción sentimental que Lisl comenzó a corear en voz baja.

*Dulce placer  
Tuvo el ayer,  
Días de júbilo  
Y juventud  
La vida fué  
Toda canción,  
Y así eras tú,  
Corazón.*

—¿Cómo sabéis — le preguntó el Príncipe — la letra de esa canción sentimental? Era popular antes de que hubieseis nacido.

Y ambos continuaron coreando:

*La vida fué  
Toda canción,  
Cuando mis lágrimas  
Secabas tú.  
En la edad sin ilusión  
Me haré vivir tu recuerdo.  
En la edad de la ilusión  
Tu amor en mí vivirá,  
Tus besos, mi bien,  
Serán nuestro adiós.*

—Mirad esa dulce y anciana pareja — hizo observar Lisl señalando a dos viejecitos muy

amartelados que habían dos enormes copas de cerveza.

Al día siguiente, por la mañana, se encontraba Willy limpiando a Mitzi, que relinchaba frecuente y estrepitosamente, cuando llegó Toni y el novio de Fanny le contó lo que había ocurrido la noche anterior con gran entusiasmo.

—El me llamó Willy y yo le llamé Gustavo... Porque no te creas... el Archiduque es un hombre como tú y como yo... pero mejor que tú.

—¿Y Lisl?

—El Archiduque le ha comprado los trajes más lujosos. Estaba tan buena moza que casi la beso. ¡Ya me conoces tú!

—Yo no podré comprarle trajes, pero tampoco necesito de ella.

Y como Mitzi lanzara uno de sus estridentes relinchos, Willy le dijo a su amigo:

—Dispensa a Mitzi. Anoche estuvo alegre. Y escucha: el Archiduque me va a regalar un coche.

—¿Eh? ¿Tú también vas a sacar tajada? ¡Muy bien! He concluido con todos vosotros.

Y se marchó malhumorado

mientras Willy decía filosóficamente:

—Has hecho muy bien en relincharle, Mitzi.

Y llegó Fanny muy contenta.

—Ahora sí que podremos casarnos. ¡Mira! ¡Mira! Ahí viene.

Y Willy cogió el sombrero de paja de su caballo y se lo puso diciendo:

—Tiene que estar elegante para recibir su nuevo carruaje.

Y llegó el cochecillo descubierto arrastrado por un hombre, haciéndole exclamar:

—Es espléndido, pero no hay nada que tú no le merezcas, Mitzi.

Algunos días después se encontraba el Archiduque sentado ante el piano en la habitación de Lisl tecleando juguetón cancioncillas fáciles, mientras la joven ojeaba un periódico.

Y Lisl leyó un encabezamiento de un artículo:

«Su Majestad recibirá al Embajador de Reidheim.»

Luego el artículo principiaba así:

«Reidheim desea estrechar sus relaciones con Austria.»

—¿Dice algo de mí ese periódico? — preguntó el Archiduque.





- ¿Una de esas que  
bailan ahí?



...que la saludó con  
una parca reverencia...



-¿Cómo te atreves a  
inmiscuirte en mis  
asuntos?



-¡Y las tenéis boni-  
tas... y necaradas!...



...Nepomuk, que es-  
taha en suélllos escu-  
chando por el ojo de  
la cerradura...



-¡Ohi! ¿Te avergüen-  
za el exhibirle  
conmigo?





- ¿Puedo interrumpir  
vuestra lección de  
geografía...?



- Siéntate y toma  
una copa.



- ¡El desayuno... Para  
tres... Sirvelo en mi  
cuarto.



- ¡Oh, la imitación  
la perfección



- De nada tenéis que avergonzaros...



- Tiene que estar elegante para recibir su nuevo carruaje.





...Se llamaba Emma y  
fué el nuestro un amor  
romántico...



...Y la condesa lo vió  
y exclamó vivamente:  
- Ahí está Gustavo



-¡Es una fatalidad horrible, Lisi, el haber nacido príncipe!



Y saltó arrestrando la lluvia y subió en el cochecillo descubierta.

—¿Esperabais que os mencionase?

—Sí. Que me habían visto la otra noche en un café con una hermosa joven de cabello dorado.

—Aquí sólo dice que hay hambre en el Tibet y motines en La Habana.

Y el Archiduque comenzó a recitar aquellas noticias con música, intentando adaptar a ella las noticias del periódico:

*Hay motines en La Habana,  
Hay motines en La Habana.*

—¿Va bien? — preguntó.

Y luego, entonándose e improvisando, continuó su canción:

*Hay motines en La Habana,  
Reina el hambre en el Tibet,  
Tienen sequía en Indiana  
Y no va a llover.*

Después quiso continuar con su juego, que entusiasmaba a Lisl, y siguió:

*Hay lucha en los Balcanes,  
La cosa es de mal cariz,  
Pero yo sólo me ocupo  
Y me preocupo de ti.*

Después varió de metro y de música y cantó continuando su improvisación con la exclusiva

tendencia de decirle cantando a la muchacha, y como en broma, palabras amorosas:

*Se derrumba un trono,  
Se vuelca un tren,  
Ruge el Vesubio,  
Ruge el Vesubio,  
Y el Popocatepetl.  
Hay temblor en Yokohama  
Y se inunda el Tenesí,  
Pero a mí sólo me inquieta  
Lo que tú piensas de mí.*

Y la joven, bromeando, repitió el canto con él haciéndole el dúo. ¿Lo que ella pensaba de él? Pues que estaba realmente encantador con aquel traje de gala que se había puesto para asistir a la fiesta palatina de la recepción del Embajador de Reidheim. Con la banda que cruzaba su pecho. Con las cruces, las veneras y las grandes placas. Con su sable de vaina de plata. Con sus espuelas de oro.

Y llegó el barón Szereny.

—Alteza Real.

Y el Archiduque ni se enteró ni le veía ni le oía, porque solamente cabía en él aquella canción improvisada que terminaba afirmando:

*Pero a mí sólo me importa  
Lo que tú piensas de mí.*

—Alteza Real — insistió el Barón.

Y el Archiduque lo miró, pero siguió tarareando sin hacerle caso.

—Alteza Real. ¿Puedo hablaros a solas antes de ir a Palacio?

—Yo me marchó—dijo Lisl.

Pero cuando ya lo hacía, retrocedió y preguntó:

—Perdonadme, Alteza. ¿Qué es Po... po... telt?

—Popocatepelt — le respondió sonriente — es un volcán de Méjico.

Cuando la joven salió, preguntó el Barón:

—¿Puedo interrumpir vuestra lección de Geografía? ¿Habéis enviado flores a la princesa Matilde?

Y el Archiduque no le hacía caso y seguía con su musiquilla en el piano:

*Hay motines en La Habana,  
Reina el hambre en el Tíbet...*

—Eso no me interesa. ¿Habéis enviado flores? ¿No tenéis preocupaciones?

—Mira, Szereny.

Y cantó:

*Tú eres mi anhelo,  
Mi inquietud eres tú.*

Y luego preguntó:

—¿A quién he de enviar flores?

—A la princesa Matilde.

—¿A esa fea?

—Sabía que os olvidaríais, de manera que me tomé yo el trabajo de enviarlas en su nombre. Y luego, cuando veáis al Emperador, hacédle creer que aun estáis enamorado de Lisl.

—Perfectamente, Barón.

—Sería para mí una broma pesada el que se descubriese lo de la Condesa.

—Nada, quedamos en que estoy enamorado de Lisl.

—Deberíais salir más a menudo con ella.

—Me parece que tienes razón.

—Claro que la tengo. ¿No es esa bailarina la tapadera y excusa de vuestros amores con la Condesa? ¿No se ha aplazado, gracias a ella, seis meses vuestra boda?

—Realmente le tengo que estar muy agradecido a esa muchacha, y la verdad es que el papelito que hace a mi lado no debe ser nada agradable para la vanidad femenina de una mujer bonita.



—¿No me habéis dicho que se puso muy contenta cuando le asegurasteis que no le haríais el amor?

—Fue algo muy natural. Se veía que era la primera vez que se encontraba frente a un hombre que ella creía que pretendía comprarle su cariño, y estaba azaradísima y muy avergonzada.

—Lo único que tiene algo molestos son sus amigos.

—Yo los encuentro encantadores. Toda una noche hablando con ellos, y ni una palabra de política, ni pedirme una recomendación, ni contarme un solo chisme.

—Sacadla a pasear esta misma noche.

—Szereny, a veces tienes ideas verdaderamente geniales. Así lo haré, pero tú tendrás que entretener a la Condesa, dándole mis excusas por no haber podido ir a verla.

... ..

Efectivamente, aquella noche se presentó el estafermo del Barón en casa de la preciosidad de la Condesa, que lo recibió de mala gana y que se puso furiosa cuando se enteró de que el motivo de su visita era anunciarle que el Archiduque no podía ver-

la aquella noche porque le entretenía su tío.

—Anoche fué su tía y esta noche su tío. ¡Esto es insoportable!

—Sí, Condesa. Deseaba enseñarle su colección filatélica.

—Y valiente consuelo me envía. ¡Me envía a vos! ¡A vos, para que me amenicéis la noche con vuestra compañía!

—Para mí será... un verdadero placer... Condesa... el distraeros... Porque la soledad... no es nada agradable.

—A veces es una cosa envidiable.

—Para mí es una cosa muy penosa. Concluyo por hablar conmigo mismo.

—Hay muchos que hablan consigo mismo.

—Sí, pero yo lo encuentro muy aburrido.

—¡No lo dudo!

Y la Condesa, teniendo que transigir aquella noche con la compañía del Barón, decidió que éste le acompañase a algún sitio donde pudiese divertirse o, por lo menos, distraerse, a pesar de él.

Y la hermosa dama y el viejo Pegote salieron de casa de ella y, viendo allí cerca un coche, subieron a él, ordenando:

—¡Al Prater!

El coche era el de Willy, que se sintió satisfecho de servir a tan elegante pareja.

—A ver si tu caballo va de prisa — le dijo el Barón.

—Cuando comienza a correr, no va nunca derecho. ¡Arre, Mitzi!

Y el coche encaminó su carrera hacia el Prater, el parque de atracciones de Viena, entreteniéndola la Condesa con las amenas palabras del Barón, más pesado que el plomo, que le iba refiriendo mientras ella bostezaba:

—Luego me rodearon diez prusianos... con bayoneta calada... que no me mataron por milagro.

—¡Es una verdadera lástima!

Y el coche los condujo finalmente hasta el Prater.

En éste todo era animación y bullicio, luz, alegría, escándalo...

Y eso que aquel parque era, comparado con los de hoy, como el «rippert» de Willy comparado con los actuales autobuses.

El alumbrado, por ejemplo, aunque profuso, era de bujías, de innumerables bujías protegidas contra el viento por tulipas. Y las atracciones eran también primitivas. Se bailaba el vals, a saltitos, en lugar de los tangos

que hoy se bailan, con lo que, aunque la visión fuese algo menos estética, salía ganando el oído, porque, realmente, aquella música era más armoniosa y bella que la música pegajosa y lánguida de los tangos de hoy.

El tío vivo giraba y la gente se divertía galopando en sus caballitos y cerdos de cartón.

También se divertía arrojando pelotas en el «pim-pam-pum» contra figuras grotescas de gendarmes que, al recibir el golpe, daban varias vueltas sobre un eje horizontal a la altura de sus caderas.

También había el laberinto en el que se extraviaban las parejas en la soledad de sus intrincados vericuetos, todos en dos palmos de terreno, encontrándose de repente sorprendidos por sus imágenes reflejadas en espejos que las deformaban de un modo grotesco.

Allí en el laberinto, ante aquellos espejos, se encontraban Gustavo y Lisl. Sus gallardas figuras, reflejadas en aquel espejo, aparecían como los dos enanos deformes, y relan, relan.

En aquellos momentos llegaba al Prater el coche de Willy conduciendo a la condesa de Rafay acompañada por el barón Szere-

ny, cuando el Archiduque y la bailarina salían del laberinto. Y la Condesa lo vió y exclamó vivamente:

—¡Ahí está Gustavo.

—¡Imposible!

Pero ella se arrojó del coche y corrió en su busca, dispuesta a armarle la bronca número uno.

Pero el Archiduque también la vió y procuró huir de ella, arrastrando rápidamente a Lisl.

—¿Pero es que le tenéis miedo al viejo Pegote? — le preguntaba Lisl sorprendida.

—Sí, porque... puede aguar-nos la fiesta.

Y metió a la bailarina en una vagoneta de un columpio en forma de rueda de eje horizontal, que era el colmo de las emocionantes atracciones de la época. La famosa rueda Ferrias en mantillas, movida por un caballo que daba vueltas a una noria.

Era un modo hábil de esconderse. Mientras la rueda giraba y, sobre todo, cuando se encontraba en lo alto, dominando todo el parque de atracciones, podía el Archiduque seguir los pasos de la Condesa, que lo buscaba inútilmente entre la multitud, mientras el Barón la esperaba aburrido en el coche, teniendo,

para distraerse, que hablar consigo mismo.

—¿Y quién es la dama que le acompañaba en el coche?— preguntó Lisl.

—¿La dama? ¡Ah! La señora de Pegote.

Y siguieron en la rueda hasta que la Condesa se cansó de buscar al Príncipe y se marchó con el Barón en el cochecillo arrastrado por Mitzi, pero ni aun entonces descendió el Archiduque, porque Lisl, aquella deliciosa muchachita, se había quedado dormida recostada sobre su hombro la hechicera cabecita.

Y se acabó la función, se fué marchando la gente, pararon las atracciones, paró de dar vueltas la rueda, fué desuncido el caballo que daba vueltas a la noria que hacía funcionar la rueda-columpio, y el Archiduque quedó en una de sus vagonetas, en lo más alto, contemplando con deleite la adorable cabeza de Lisl recostada sobre su pecho y dormida.

Por fin ella despertó y preguntó lánguidamente:

—Se ha detenido, ¿no es cierto?

—Hace mucho tiempo que se detuvo.

—¿Cómo podremos bajar?



—¿Y para qué bajar? ¿No os gusta la luz de la luna? ¿Tenéis algún compromiso? ¿O es que os sentís fatigada?

—Nada de eso.

—Entonces, ¿por qué preocuparos?

—No lo sé.

—Reclínameos en vuestro asiento. ¡Mirad al cielo! ¿No está bellísimo? ¿Y apacible? ¿No os sentís dichosa?

Y una canción romántica de amor consagró aquel idilio:

*¡Oh noche azul,  
Noche llena de fulgor!  
¡Oh noche azul,  
Así es mi amor!  
Suspiras tú:  
Cuando te acaricio yo.  
¡Oh noche azul,  
Así es mi amor!  
Tu dulce voz  
Me habla quedo de los dos.  
Con un tierno y tenue acento  
Que propaga el viento.  
Mi corazón  
Late con tu corazón.  
¡Oh noche azul,  
Así es mi amor!*

Y escuchando aquella canción de amor, la joven se quedó dormida sobre el regazo del Príncipe.

Hasta que clareó, abrió ella los ojos y exclamó:

—¡Ya es de día!

—Siempre te quedas dormida.

Ya se tuteaban los dos, porque el amor había fundido sus dos almas en una.

Pero no era cosa de quedarse allí hasta que por la noche volviera a funcionar la rueda, y el Archiduque miró hacia abajo buscando la manera de bajar.

Y vió que se acercaba un hombre con un carrito lleno de botes de leche.

—¡Eh! ¡Lechero! — le gritó—. Ayúdenos a bajar.

—Aguarden un momento.

Y el lechero descendió del carrito, soltó de su pesebre al caballo que hacía funcionar la rueda, lo unció a la noria e hizo que girara hasta que la vagoneta que estaba más alta y en la que se encontraba la feliz pareja descendió al desembarcadero, y el Archiduque y la bailarina saltaron a tierra.



## VI.—TONI Y EL ARCHIDUQUE

Entró Gustavo en su casa en compañía de Lisl, y el obeso y campanudo Nepomuk le recibió con un saludo matinal:

—Buenos días, Alteza Imperial. Tengo listo el desayuno, si acabáis de levantaros. Y la cena, si es que venís de retiro.

—¿Tomamos el desayuno o la cena?

—Yo estoy cansada ya.

—¿El desayuno!... Para tres... Sirvelo en mi aposento.

¿Para tres? ¿Quién sería el tercero? El tercero era un perro que el lechero que les había ayudado a hajar de la rueda llevaba en su carro, y del que Lisl se había encaprichado en vista de lo feo que era.

Y Lisl entregó el perro que lle-

vaba en sus brazos a Nepomuk, que no sabía cómo sostenerlo para que no se le cayera, porque él, tan acostumbrado a sostener abrigo y sombreros, nunca había tenido que sostener perros.

Y mientras sostenía con dificultad el perro, manifestó:

Un caballero desea ver a su Alteza.

—¿Tan temprano?

—Dice que es para comunicarle algo muy interesante.

El Archiduque penetró en la habitación donde esperaba aquel caballero y se encontró con Toni que le dijo:

—Descaba ver a fräulein Gluck.

—Lisl — llamó el Príncipe—. Alguien te busca.

Y penetrando a su vez la muchacha en la habitación, vió con sorpresa a su novio y exclamó:

—¡Toni!

—Sorprendida, ¿eh?

—¿En qué sentido lo dices?

—En el que tú quieras darle...

Por ejemplo, que te sorprende mi inesperada visita.

—Lo que debiera sorprenderme es que no contestaras mi carta ni hayas venido hasta ahora a verme.

—¿Estabas impaciente porque viniera a verte?

—Toni, me parece que tú has interpretado mal la situación.

—La situación no tiene interpretación posible. La situación es sencillamente eso: «la situación».

—Me parece, Toni, que no andas por el mejor camino.

—Sé perfectamente el camino que sigo.

—¿No has hablado con Willy?

—Claro que he hablado con Willy. Lo veo casi todos los días y hemos hablado de ti.

—¿Y has hablado con Fanny?

—He hablado asimismo con Fanny.

Y el Príncipe le preguntó:

—¿Es este Toni... el Zutano de que me hablaste?

—Sí, el mismo.

—Tome asiento, señor Zutano.

—Mi apellido es Birngruber.

—Sea el que fuere... Siéntese.

Y Toni le dijo a la joven en tono de reproche:

—Quería decirte algo sobre él.

—Lisl — preguntó Gustavo — ¿Qué derecho tiene para hablarte así?

—Eso quería saber yo — repuso Toni —. Qué derecho me queda... Hace una semana que me abandonaste.

—Lisl — dijo el Archiduque —. No sabía que eras casada.

—No somos casados.

Y luego dirigiéndose a su novio, imploró:

—Toni, este no es lugar apropiado para provocar un altercado. Debes pedirle excusas a su Alteza.

—¿Qué lástima! No tengo educación — repuso satírico y grosero el joven.

—Alteza, os pido perdón — dijo ella.

—No, soy yo quien debe pedirlo. Ignoraba que fräulein Gluck tenía relaciones con vos.

—Gustavo — imploró ella —, quiero decirte algo.

—De nada tenéis que avergonzaros. ¡Lo comprendo! Sólo que hubiera deseado saberlo antes. Antes de que esto ocurriera.

El archiduque Gustavo procedía con la nobleza y altura de miras propias de su rango. Se destrozaba el corazón, porque amaba a la joven con apasionamiento, pero no iba a disputársela a aquel hombre, porque eso no era digno de él, el descender hasta tal extremo. Y en cuanto a ella, desmerecía a sus ojos al haberle ocultado aquel amor que tal vez había sacrificado a su ambición. Así es que dijo:

—Lamento la molestia que os he causado. Fraulein Gluck está en libertad de regresar con vos. Lisl, os agradezco las gratas horas que hemos pasado juntos. ¡Adiós!

Y se dirigió hacia la puerta para marcharse, pero antes de salir por ella se volvió y le dijo a la joven:

—El «ballet» de vuestro amigo será puesto en escena en la Opera. Cumpliré la promesa que os hice.

Después traspuso la puerta, que cerró tras de salir, marchándose.

Aquellas últimas palabras dejaron sorprendido a Toni, que miraba interrogativamente a su novia.

—Le pedi — le explicó ésta — que hiciera estrenar tu «ballet».

—¿Y lo va a hacer? ¡Oh, es espléndido! ¡Y tú, qué buena has sido acordándote de mí y pidiéndoselo! ¡Qué necio fui viniendo aquí a armar bronca! Ahora se irritará y...

—¡Oh, no! El cumple siempre su palabra.

—¡Imaginate! ¡Mi nombre en los carteles de la Opera! Lo mejor será que me marche. Tú quédate y dale explicaciones. No quiero ofenderle, ni quiero ofenderte tampoco. Procura dejarme en buen lugar ante él. ¡Adiós! ¡No debemos arriesgarnos! ¡Mejor es que me vaya!

¡Qué asco le dió a la pobre Lisl aquella actitud de Toni! ¿De manera que todo se le importaba poco con tal de estrenar? ¿Era aquel el cariño que le profesaba? ¡El mismo le aconsejaba que se quedase con el Archiduque ante el fantástico temor de que éste pudiese arrepentirse y no ocuparse del estreno!

En cambio, cuánta nobleza la del Archiduque Gustavo. A ella le constaba que él la amaba con loco apasionamiento y, sin embargo, suponiendo que ella pudiese amar a otro hombre, renunciaba a aquel amor que no quería robar descalmente...



¡Cuánto valía el Archiduque y cuán digno era de su amor!

Y tras de establecer aquel parangón, mirando a su antiguo novio con profundo desprecio, le dijo:

—Sí, mejor será que te vayas.

—Adiós — dijo Toni marchándose.

Y entonces ella penetró en las habitaciones del Archiduque, en aquellas habitaciones en las que había prometido no entrar nunca, implorando con voz quejumbrosa:

—¡Gustavo! ¡Alteza!

No estaba allí Gustavo y penetró timidamente en la habitación inmediata.

—¡Alteza!

Tampoco estaba allí, ni en otra habitación, ni en otra. No lo encontraba por ninguna parte, y ella necesitaba verlo inmediatamente, sincerarse ante él, explicarle que aquellos amores habían sido algo sin importancia que ella tenía derecho a romper en cualquier momento sin que Toni tuviese derecho alguno a reclamar. Y que, además, su antiguo novio no era digno de su amor. Y, sobre todo, que ella lo amaba a él, exclusivamente a él, con arrebatos de pasión. Y necesitaba encontrarlo y decirselo

en seguida, inmediatamente, antes de que él, movido por el despecho, pudiese dar pasos que dificultasen la reconciliación.

Y con el pecho anhelante y lleno de zozobra, lo buscó por todas sus habitaciones sin encontrarlo en parte alguna, hasta que vio a Nepomuk, preguntándole:

—¿Y su Alteza Imperial?

—Salió momentos antes que el caballero que le estaba esperando.

Lisi regresó a su habitación y se aproximó a la ventana. Aquella ventana por la que la primera noche había visto al Archiduque en un coche abrazando y besando a la Condesa. Y aquel recuerdo hizo que su sobresalto aumentara. ¿No iría Gustavo a buscar entre sus brazos, consuelo y olvido?

Pero al acercarse a mirar por la ventana vio primero que llovía copiosamente, y luego que se acercaba Willy con su coche arrastrado por Mitzi.

Abrió la ventana y le gritó:

—¡Hola, Willy! ¡Me alegro de verte!

—Y yo también de encontrarte. Fanny quiere almorzar contigo.

—Aguarda un momento, que voy a salir.



—Sería mejor que nos hiciéramos pasar, porque nos estamos calando.

—Sí, salgo inmediatamente.

Y salió arrojando valientemente la lluvia y subió en el cochecillo descubierto y convenció a su amigo de que la llevara por toda Viena recorriendo los cafés que Gustavo acostumbraba a frecuentar, porque necesitaba encontrarlo inmediatamente.

Y llevaban ya largo rato caminando bajo la lluvia copiosa sin descubrir parado ante la puerta de ningún café el coche del Archiduque que ella conocía tan bien y que era el rastro que ella buscaba ansiosamente para dar con él.

—¡Qué desconsiderada soy!—le decía a su amigo — haciéndote trabajar con esta lluvia!

—Hemos pasado ya por delante de todos los cafés de Viena.

—Yo confiaba en encontrar su coche parado frente a alguno de ellos. Y necesito imprescindiblemente encontrarlo ahora para hablar con él. Mañana puede ser demasiado tarde.

A través de la lluvia distinguió

el cochero un coche parado, y preguntó:

—¿Qué lugar es ése?

—Ese no es su coche. ¡Sigue, Willy!

Y éste estornudó exclamando:

—Ahora sí que lo pesqué.

—¿Qué has pescado?

—Un catarro de abrigo.

—Supongo que me perdonarás el remojón que te estás tomando por mi culpa y para hacerme un favor.

—Tú también te estás mojando, y cuando lo haces es señal de que se trata de algo que te debe interesar mucho. Lo que no me extraña tratándose de asuntos de amor.

—¿Sabes que he visto a Tony?

—¿Lo has visto? ¿Y has hablado con él?

—Sí, he hablado con él. Y resulta que Toni es un solemne sinvergüenza indigno de mi cariño.

—¿Y ahora te enteras? Yo quería decírtelo hace mucho tiempo, pero Fanny se oponía a ello queriendo evitarte un disgusto, porque tú estabas muy colada con él.

## VII.—ANTES QUE NADA EL AMOR

Continuaron Lisl y Willy buscando por toda Viena al Archiduque, bajo la copiosa lluvia, arrastrados por Mitzi y hechos los tres una sopa, calados por el agua hasta los huesos, hasta que por fin la joven exclamó:

—Willy, ¡Allí está el coche!

El coche del archiduque Gustavo estaba parado en la puerta de una taberna popular en la que se bailaba alborotadamente y en la que se encontraba el Príncipe bebiendo, tratando de ahogar sus penas en alcohol.

Y Willy condujo su cochecillo junto al del Archiduque, diciéndole filosóficamente a su jaca:

—Todo es por el amor, Mitzi.

Y bajo la lluvia, completamente empapada de agua, descendió

Lisl del carruaje y entró en la taberna escuchando que su amigo le decía:

—De buena gana te acompañaría, pero no puedo dejar sola a Mitzi.

Y Willy, estornudando frecuentemente, esperó pacientemente, sin hacer caso ya del agua, porque, por mucha que le cayera encima, ya era lo mismo, porque estaba completamente empapado. Y le decía, ya cansado de esperar, a su yegua:

—Hemos esperado ya dos horas, Mitzi. ¡Caramba y cuánto tardan en hacer las paces! ¡Fanny me obliga a mí a que la perdone antes de cinco minutos!

En esto, ya transcurridas dos

horas, salió de la taberna un camarero y le preguntó:

—¿Es usted Willy Pez?

—Pez no: Petz.

—Yo había entendido Pez.

—Es lo mismo. Desde hace dos horas estoy hecho un pez.

—Su Alteza le agradece haber esperado.

—Dígale que me caería muy bien una taza de café.

—Fraulein Gluck regresará a casa en el coche de su Alteza.

—¡Entonces todo está arreglado!

—Así parece.

\*\*\*  
Habían transcurrido seis meses. Aquellos seis meses en que había sido aplazada la boda del archiduque Gustavo con la princesa Matilde von Reidheim en honor a sus amorios con una bailarina. Amorios fingidos al principio, pero que habían acabado por transformarse en realidad, incendiando el corazón de Gustavo con un apasionado amor por Lial.

Habían transcurrido los seis meses, y al día siguiente debía partir Gustavo para Reidheim a contraer matrimonio, y aquella mañana, vistiendo su uniforme de gran gala, como era ritual y protocolario en la estirada Corte

de Viena, se encontraba el Archiduque en la antesala del Emperador esperando que su tío lo recibiera par despedirse de él.

A su lado, sentado junto a él en un diván circular que rodeaba una columna, se encontraba su edecán el barón Szereny, que intentaba deslizar en sus oídos palabras de resignación y consuelo.

Pero el joven Archiduque no le escuchaba porque estaba tarareando aquella canción de amor que le recordaba a ella.

Porque *ella* llenaba, al mismo tiempo que todo su corazón, todos sus pensamientos.

—Su Majestad os recibirá dentro de breves momentos — le decía el Barón.

Y él seguía tarareando sin oírle.

—Celebro que os regocije la expectativa de vuestro matrimonio.

Y el Archiduque seguía tarareando guturalmente.

—¡La princesa Matilde es una mujer adorable!

—Hum hum hum... hum hum hum hum...

—Nadie le gana en labores de punto.

Y el Archiduque sin oírle.



—El año pasado hizo a ganchillo 180 pares de orejeras.

Y continuaba la inarticulada canción.

—La belleza es lo de menos.

Y el Archiduque sin hacerle caso.

Hasta que le preguntó:

—Y escuche. ¿Sabe Lisl que mañana partís para Reidheim?

Y al escuchar el nombre del ser amado, Gustavo reaccionó, miró al viejo Barón y respondió negativamente con un gesto.

—¡Cómo! ¿Ignota que os vais a casar con la Princesa?

Gesto afirmativo de Gustavo.

—Disculpadme. Pero no acierto a comprender.

Y el Archiduque, decidido a todo, saliendo de su mutismo, le dijo:

—Szereny, saca tus píldoras. Esas píldoras que usas en los momentos de las grandes emociones. Saca tu calmante. ¡Sácalo del bolsillo!

El Barón sacó una cajita de píldoras y la destapó.

—Tómate un par de ellas. ¿Estás listo? Ahora no te desmayes y escucha:

Y dejando maravillado a su gentilhomme, declaró solemnemente:

—Ni me voy mañana a Reid-

heim, ni me caso con la Princesa.

—¿Pero os habéis vuelto loco?

—Renuncio a mi título y me caso con Lisl.

—¿Vais a decírselo al Emperador?

—Claro que voy a decírselo.

—¡Pero me perdéis!... Es demasiado tarde... Yo...

—Szereny, tú siempre has sido un mentecato.

Se abrieron las puertas de la cámara imperial y salieron los visitantes que había recibido el Emperador, llegándole su turno al Archiduque.

Este se levantó exclamando:

—Ea, valor... Dame una de tus píldoras, Pegote, y deséame buena suerte. Estoy dispuesto a todo.

El mayordomo anunció abriendo de nuevo de par en par la puerta de la cámara imperial.

—Su Alteza Imperial, el archiduque Paul Gustavo.

Y el Archiduque penetró en la regia cámara levantándose el viejo Emperador para recibirle.

Su tío, como tenía de costumbre, vestía un uniforme severo, sin cruces ni insignias, y acogió cariñosamente a su sobrino, flamantemente vestido, como lo exigía el protocolo, amablemente, y le dijo:



—Siéntate, hijo mío.

Y Gustavo se sentó, y con valor realmente heroico, porque el respeto y el temor que infundía el viejo Emperador a toda su familia y a todo su país eran inmensos, le confesó claramente su estado de ánimo.

—Ya te dije que estaba enamorado de una bailarina, y me concediste seis meses para que me divertiera con ella antes de casarme. Pero ese amor es para mí algo muy superior a un mero pasatiempo, y esa mujer lo es todo para mí. Con ella he conocido la felicidad por primera vez y ella es mi vida misma.

El joven se sentó frente a la mesa del Emperador y éste, pausadamente, sin irritarse, fué deslizando sus palabras suaves de viejo de larguísima experiencia.

—A veces he estado yo también a punto de hacer eso mismo. Vivir mi propia vida. Mas nunca pude sobreponer mis deseos al interés nacional. ¿Qué edad tienes ahora?

—Veinticinco años, Majestad.

—A tu edad era yo Emperador. Tu padre colaboró y luchó a mi lado. El pueblo había depositado su confianza en nosotros.

Le pareció ver en la mirada de

su sobrino una sombra de duda y añadió:

—Sí. Es cierto que una vez un loco intentó asesinarme. Pero he sobrevivido muchos años. Y *he servido a mi país*. ¿Qué es lo que crees que me sostiene en mi extremada vejez? Sólo la esperanza de que tu generación prosiga mi obra. ¿Comprendes? Quien nace Príncipe no tiene otra alternativa.

Gustavo se incorporó, se cuadró militarmente y manifestó con la mayor solemnidad:

—Majestad: Deseo renunciar a mi título.

—Aunque vivas en una cabaña de labriego, siempre te considerarán como a un miembro de la familia imperial, pero con la desventaja para ti de que serás un fracasado. Todo aquel que elude el cumplimiento de un deber es un fracasado por su incapacidad para cumplirlo. Y hasta la mujer que amas te considerará fracasado.

Aquellas palabras causaron en el ánimo del joven Archiduque una profunda impresión, pero aun hacía falta algo más para que lograra sobreponerse a sí mismo y se decidiera a sacrificar su amor a su deber: la espectacularidad de un acto solemne.

En aquel preciso momento sonaron tambores y cornetas.

—Es el relevo de la guardia —dijo su tío el Emperador—. El pueblo acude a la plaza a presenciar el espectáculo, y gusta de que yo me asome al balcón a saludarlo. Y creo que a mí también me agrada.

Y se levantó el Emperador de su asiento para asomarse al balcón.

Al pasar junto a Gustavo, que seguía de pie cuadrado militarmente, le preguntó cariñosamente:

—¿Sabe Lisl lo que piensas hacer?

—No, Majestad.

—Tal vez sería preferible que se lo dijeras. Las mujeres ven más claro que los hombres.

Y dirigiéndose al balcón, añadió:

—No debo hacerles esperar.

La gran plaza estaba atestada de gentío que esperaba con impaciencia que apareciese en el balcón la venerable figura del viejo Emperador. Las guardias entrante y saliente estaban formadas frente a frente, y el espectáculo estaba revestido de la mayor solemnidad. Abrió el balcón Francisco José y se asomó a él, entonando las bandas milita-

res el himno imperial y partiendo de la multitud un grito de entusiasta aclamación, mientras todos agitaban sus sombreros en el aire. El Emperador saludó, a su vez, con una reverencia, que hizo que se exaltara el entusiasmo popular.

El archiduque Gustavo miraba desde dentro, y una fuerza invencible le arrastró lentamente hasta el balcón. Aquel entusiasmo del pueblo que aquel anciano que se le había sacrificado, que había renunciado a vivir «su propia vida» en aras del interés nacional, era conmovedor e impresionó vivamente el ánimo de Gustavo, acabando por decidirle a cumplir su deber. Su triste deber que le obligaba también a renunciar a «vivir su propia vida», a renunciar a la mujer que idolatraba.

Comprendiendo, con la sabiduría de la vejez, su estado de ánimo, el Emperador le agarró cariñosamente un brazo...

Su deber le obligaba al sacrificio. ¡Cuántos envidian la grandeza de los príncipes, ignorantes de la horrible amargura que encierra su condición! Inmensos intereses les están confiados, de lo que ellos tienen plena conciencia, obligándoles a sacrificar



a ellos absolutamente toda su personalidad. A renunciar a todo cuanto les es grato para consagrar su vida a los intereses nacionales. Y no hay posible evasión, porque en sus conciencias pesa la importancia y trascendencia de la misión que les está encomendada, y si la abandonan desertando del cumplimiento del deber, la conciencia les atormentará horriblemente y tendrán forzosamente que experimentar un profundo desprecio de sí mismos. ¿Qué no diera entonces el archiduque Paul Gustavo por ser el hijo de un mendigo, o hasta por desconocer a sus padres, por ser un don nadie para que a nadie le importara nada su conducta? Pero tales consideraciones no representaban para él ninguna solución y no hacían más que aumentar su dolor, y se reforzaba el corazón y crispaba sus puños de rabia pensando que tenía forzosamente que renunciar a su adorada, a su idolatrada Lisl, a la mujer que lo era todo para él y de quien le separaba el sino cruel de haber nacido de estirpe imperial.

Ante aquella catástrofe de todas sus más gratas ilusiones, to-

do era en su ánimo desolación y desconsuelo. Aquellos aplausos del pueblo a su venerable tío el Emperador, aquel cariño que exteriorizaba el pueblo era el pago de horribles sacrificios. Tal vez en su ancianidad le aplaudieran también a él así, y tales aplausos no compensarían jamás lo que le habían costado y tendrían para él inmensa amargura.

Soldados, espectacularidad solemne, masas populares agitando los sombreros borrachos de entusiasmo, himno imperial majestuoso. Todo aquello no era más que bambolla y oropel con el que el pueblo creía pagar nada menos que toda una vida que se dejaba de vivir. Y en el mundo no había para él más que dos verdades: la inmensidad del amor de una mujer, que era la vida toda, y la inmensidad de un deber cruel, que era la maldición de su vida. Pero tenía que subordinarse a aquel deber, sacrificarse, renunciar a Lisl.

Y la mano cariñosa del emperador Francisco José agarraba cariñosamente su brazo como para sostenerlo y darle fuerza en la lucha entabada en su conciencia. ¡Adelante, pues!

## VIII.—DESPEDIDA EMOCIONANTE

Al día siguiente era la marcha, y cuando se acercaba ya la noche y había de tomar el tren a las once, aún no se había atrevido a decirle nada a Lisl.

El barón Szereny intentaba en vano consolarle.

—Algún día os alegraréis—le decía—de haber seguido el consejo de su Majestad, Alteza Imperial.

—Es inútil que te esfuerces en consolarme, Szereny. Mi dolor no tiene posible consuelo en el mundo.

—Bien sé cuanto lo sentís, porque sé cuánto la amáis y sé lo que es amar. Porque yo también he amado allá en mi lejana juventud. Y también, precisamen-

te, amé a una bailarina. ¿No os lo he contado nunca? Bueno, os lo contaré ahora. Se llamaba Emma y fué el nuestro un amor romántico. Luego pasaron los años. No sabéis, Alteza, cómo el paso de los años hace olvidar el amor. Y los dos seguimos aun siendo buenos amigos y aun me manda por Navidad tarjetas de felicitación.

Pero estaba hablando con un sordo. El Archiduque no escuchaba sus palabras, abstraído en una hermética obsesión. Para Gustavo sólo existía un pensamiento: *Ella*.

Y Szereny, que, aunque era tonto de remate, tenía alguna malicia, sabiendo el resorte efi-



caz para que el Archiduque le escuchase, le habló de ella preguntándole:

—¿Ella lo sabe ya?

—No — contestó Gustavo —, No me he atrevido aún a decírselo. El hacérselo saber será para mí el tormento mayor de mi vida. Y tiemblo pensando en que ese momento ha de llegar.

—El tren sale a las once en punto, Alteza. ¿Cuándo esperáis decírselo?

—Cenaré con ella por última vez y le diré adiós.

—¿No perderéis el tren?

—Has de cuidar de ella, Szereny.

—Cuidaré.

—Tú no puedes imaginarte cuánto la amo y cómo la amo. Toda la felicidad de mi vida la había vinculado en ella. Toda la vida a su lado pensando en ella en cada momento, consagrado exclusivamente a ella. Y, para ello, para poderme consagrar a ella en absoluto, abandonar mi rango y olvidar mi alcurnia, transformándome en un hombre vulgar, en un cualquiera. Y comprende Szereny que amándola así, siendo el sacrario de mis más puras ilusiones, no me queda ni siquiera el consuelo, después de

casarme con otra, de sostener con ella relaciones clandestinas, de transformarla en mi querida. Mi más vivo deseo sería, si fuese de realización posible, que ella me olvidase y pudiese amar a otro que la hiciera feliz, porque mi amor, como verdadero amor que es, es todo generosidad. Pero sé también cuánto me ama ella y cómo me ama, y sé que no me podrá olvidar ni amar a otro. Seguiremos los dos amándonos románticamente, separados por la fatalidad, por el obstáculo infranqueable de la razón de Estado y, si ella no es más que una pobre muchacha sin fortuna, obligada a ganarse la vida como bailarina, yo soy un potentado y mi amor ha de cuidar de que nada le falte, y tú te has de encargar de ello.

—Cuidaré, Alteza.

—No me basta con que me lo digas así. Es algo para mí sagrado. Prométemelo solemnemente.

—Os lo prometo solemnemente, Alteza. Os lo juro.

Gustavo se acercó a las habitaciones de Lisl y la oyó que cantaba. Estaba cantando la canción de la noche azul, aquella canción de la primera noche de amor en la barquilla de un columpio:

*Mi corazón  
Late con tu corazón.  
¡Oh noche azul,  
Así es...  
Mi amor!*

—¿Estás lista, querida?  
—Vamos.

Y marcharon a cenar a los jardines de Schmitz, donde cenaron por primera vez juntos en compañía de Fanny y Willy. Y se sentaron en la misma mesa y les pareció que volvían a vivir aquellos deliciosos recuerdos. La música tocaba lo mismo. Aquella canción que ellos aderezaron con improvisada letra mientras disponían la lista de los manjares que iban a cenar:

*Ternera a la vienesa con fideos  
Ternera a la vienesa  
Y torta de manzanas  
Ternera a la vienesa con fideos  
Y torta de manzanas  
Ternera a la vienesa  
Y torta de manzanas.*

Sentados en la mesa, llenó él las dos copas de vino. De aquel vinillo dulce que al principio originaba alegría y luego daba sueño, y ella la levantó para brindar diciendo:

—¡Te amo!

—Así es mejor—dijo él.

Y cruzaron los brazos que sostenían las copas, y al beber, las caras quedaban muy juntas y frentes y cabellos se rozaban.

Se les acercó el gerente diciéndoles.

—Han olvidado ustedes algo.

Y les presentó como grata sorpresa una copa enorme llena de cerveza en la que introdujo dos pajillas para que pudieran beber ambos a la vez en ella aproximándose y rozándose igualmente las cabezas. Luego el gerente hizo un gesto y una señal indicando que era el obsequio de alguien, y ambos miraron en aquella dirección. La pareja de viejecillos amartelada y bebiendo grandes copas de cerveza estaba allí sentada en la misma mesa que aquella otra noche, y les saludaba amablemente.

Gustavo sentía que era llegado el momento de hablarle a su adorada de aquella separación forzosa, y le costaba horrible trabajo comenzar. Pero era indispensable hacerlo. Tenía que explicárselo, que hacerle comprender. Si no fuera porque lo otro hubiera sido aún más horrible, se hubiera marchado sin decirle nada, pero hubiera sido una cobardía imperdonable.

En aquel momento era ella feliz, inmensamente feliz, con la felicidad incomparable del amor que los unía, y, momentos después, en cuanto él le dió la horrible noticia, sería desgraciada con el dolor inmenso y eterno que él experimentaba. Era aquel un momento horrible que marcaba en ella el punto de división de dos vidas: una infame impregnada de gozoso amor y otra impregnada de horrible desesperación. Era aquel momento como otro en el que el Ángel entró en el Paraíso con una espada de fuego para arrojar de él a Adán y a Eva: antes el Paraíso Terrenal en el que todo respiraba felicidad y deleite y después la vida cruel llena de amargura y de tormentos.

Y tenía él que darle aquel rudo golpe a la mujer que idolatraba, ser el verdugo de su felicidad, deshacer en aquellos dolorosos momentos su ilusión para siempre, y aquella ilusión había sido él mismo quien se la había hecho concebir.

Y lo haría, lo iba a hacer en aquel preciso momento, porque él no era un cobarde que rehuiera el cumplimiento de un deber; pero el trago era amarguísimo.

Y realizando un esfuerzo supremo le dijo con voz trémula:

—Lisl, Esta noche debo partir.

En los ojos de la joven se pintó una desesperación resignada. En aquellos seis meses de amor, ella lo había pensado muchas veces y se había resignado de antemano con su suerte que consideraba fatal. Ella se había repetido incontables veces hasta familiarizarse con la idea de que aquellos amores tenían que terminar, no porque él dejase de amarla, sino por sus circunstancias personales y su rango. Como quien piensa diariamente en que ha de morir y se familiariza con la idea de la muerte hasta llegar a no temerla, así Lisl se había familiarizado con la idea de que sus relaciones con Gustavo no podían ser eternas. Muy amargo sería el trago cuando llegase el momento de la separación, pero el claro concepto de que forzosamente tenía que llegar no debía entenebrecer su amor, sino engrandecerlo sin límites para lograr así amar en el corto espacio que durara, como por toda la vida. No podía, pues, sorprenderle la noticia, porque, desde hacía seis meses, desde que comenzó aquel amor, la es-



taba a cada momento esperando.

Y con la desesperación resignada retratada en los ojos, contestó:

—Lo sé. Es nuestra última cena y debe ser la más alegre.

—No puede serlo. Hay... un asunto de Estado...

—Lo sé.

—¡Oh, querida! No sé cómo decírtelo.

—No tienes que decírmelo; lo sé, Gustavo. Lo sé todo. Cuando una mujer conoce a un hombre como yo te conozco a ti, puede adivinar sus pensamientos y no necesita que nadie se los diga.

—Es una fatalidad horrible, Lisl, el haber nacido príncipe. Mi tío el Emperador me exige que me case con otra.

—Siempre supe que eso ocurriría alguna vez. Y siempre he estado temiendo que eso ocurriera de un momento a otro. Por eso he extremado mi amor, para gozar de él mucho aunque en poco tiempo. Y ya sólo nos quedan algunos momentos, amor mío. Y quiero que sean momentos dichosos. Tan gratos como todos los que hemos pasado juntos. De eso nadie puede privarnos. Y cuando te vayas... No me digas adiós... Di sólo «Buenas

noches», como si fuéramos a vernos mañana.

Se acercó el gerente diciendo:

—Perdón, Alteza. Me ordenó que le avisara a la hora. Son las diez y media en punto.

—¿Hora de ir al tren, querido?

Gustavo respondió moviendo afirmativamente la cabeza, sin despegar los labios. Aquellos momentos eran horribles para él. Parecía sentir como si le arrancaran del pecho el corazón. Era la felicidad a la que renunciaba por culpa de la fatalidad maldita.

Ella le dió la teresiana que estaba a su lado sobre una silla y, al hacerlo, notó en ella una mancha.

Como en la primera noche en que habían cenado allí, había recogido él una mancha.

—Mira — dijo ella — una mancha. Probablemente fué que el vino salpicó.

Y como la otra vez intentó hacerla desaparecer frotándola con su pañuelo.

—No la limpies, Lisl—dijo él.

Le parecía aquella mancha un recuerdo sagrado de aquella última noche, de aquel último momento que pesara eternamente en su vida.



—¿Me permites que me quede? — preguntó Lisl? — Fanny y Willy vendrán a buscarme más tarde.

Gustavo callaba. Le costaría realizar un esfuerzo supremo para levantarse y para echar a andar separándose de ella para siempre.

Alrededor de ellos el jardín con su habitual concurrencia asistía ignorante e impasible a aquel horripilante drama, y Gustavo envidiaba a todos aquellos hombres que no eran príncipes y que podían vivir su vida, la que ellos libremente eligieran, sin que el Emperador se preocupase de ellos.

Aquel matrimonio viejecito tan amartelado, siempre con una plácida sonrisa en el rostro, continuaba impasible bebiendo sus grandes copas de cerveza, sin poder sospechar, pese a la larga experiencia de sus muchos años, que allí cerca el más horrible dolor martirizaba dos nobles coronas.

Y la música seguía tocando impasible.

Cuando la desgracia se abate sobre nosotros, nos produce extrema extrañeza el que la vida siga alrededor nuestro su curso,

impasible y serena, y la tranquilidad de cuantos nos rodean nos parece un sarcasmo y nos duele con sensaciones de ingratitud y de envidia. Y, sin embargo, la vida es así.

Si una mística solidaridad humana nos hiciera solidarizarnos con todos los dolores del prójimo, sería nuestra vida un continuo dolor, porque a cada momento ocurren incontables y horribles tragedias individuales y muchas veces a nuestro lado, en nuestra presencia, sin que nos demos cuenta de ello.

Dos días antes creían ellos reconcentrar en sus pechos toda la felicidad del mundo, y se olvidaban de incontables dolores que de seguro palparían alrededor.

Pero aquel alegre jardín impasible y ecuaníme le parecía al Archiduque Gustavo un absurdo. Una mueca burlesca de la vida. Y la música, impregnada de recuerdos entonces dolorosos, seguía tocando y, de seguro, resonaría gratamente en otros oídos.

—En la primera noche que vinimos aquí — hizo observar ella — tocaron eso mismo.

Y repitió la letra al compás de la música:

*Vivirás en mi memoria  
En la edad sin ilusión...  
Tu amor en mí vivirá...*

—Después de besarme — dijo Lisl — aléjate de mí... sin volver los ojos a mirarme.

Y se besaron. Se besaron con fuego, con frenesí, con locura, queriendo poner en aquel último beso todo el amor que cabe en toda una vida. Gustavo hubiera querido que se hubiese parado y cristalizado el tiempo para seguir prolongando aquel beso por los siglos de los siglos. Ella experimentaba un deleite infinito y apuraba de un trago todo el placer que le restaba en su vida.

Por fin se separaron y Gustavo cubrió su cabeza con su tereciiana, se volvió de espaldas y se marchó con paso vacilante, alejándose de ella para siempre sin volverse a mirarla, como ella le había pedido.

Cuando un condenado a muerte camina hacia la silla eléctrica, lo hace entre dos personas que le obligan a marchar, y el Archiduque Gustavo caminaba solo, por un propio impulso, con paso vacilante, y se encaminaba hacia algo que era para él infinitamente más horrible que la silla eléctrica, porque ésta únicamente re-

presenta una anticipación de la muerte, mientras que la separación de Lisl era para Gustavo la renunciación a la felicidad para toda una vida que había él de vivir en eternos años impregnados de amargura.

Pero, en realidad, no caminaba solo y por impulso propio: a su lado caminaba, empujándole, «su estirpe». Aquella mano del Emperador que había agarrado cariñosamente su brazo durante el relevo de la guardia exterior de Palacio, mientras resonaba el himno imperial y el pueblo agitaba entusiasmado sus sombreros, no había soltado su presa e, invisible e inmaterial, seguía agarrando aquel brazo y tirando de él para alejarlo de Lisl, para llevarlo al tren que partía a las once en punto.

Y cada uno de sus pasos vacilantes, como los de un borracho, le parecía que lo alejaban de ella leguas, muchas leguas.

Ella lo vio marchar, paladeó la copa del dolor... y, al mismo tiempo, sollozó al compás de la música:

*En la edad...  
..... sin .....  
..... ilusión.*

Si, aquella canción parecía escrita expresamente para ella. La edad sin ilusión llegaba y en ella viviría del recuerdo de su amor.

El hombre a quien ella amaba con un amor imposible de igualar, se alejaba de ella con paso vacilante, sin volver la cabeza, como ella le había suplicado y, con él, se alejaba su felicidad y se desvanecía su ilusión.

Pero lo amaba tanto que el dolor de su pecho horrible y torturante no procedía de la contemplación de su ilusión despedazada brutalmente en unos instantes, ni de la perspectiva de la tristeza desesperada del resto de su vida, sino de la conciencia del dolor que él debía experimentar. Y la pobre sufría por él más que por sí misma.

Se alejaba Gustavo despacio. Ya llegaba a la altura de la mesa de los dos amartelados viejecitos que le saludaban respetuosamente. Aquel respeto que a todos inspiraba era el dique infranqueable que le separaba de ella. El no era un hombre como los demás, ya que corría sangre imperial por sus venas. Ya se lo había dicho ella a sí misma muchas veces. Ya sabía ella que aquel momento tenía que llegar. Pero experimentaba remordimientos

que atenazaban crueles su corazón pensando en los tormentos que él sufría en aquellos instantes, considerándose ella la causante.

Ya llegaba Gustavo a la puerta. Un paso más y la traspondría y dejaría de verle ya para siempre. Y ese paso iba a darlo sin volver la cabeza, sin mirarla por última vez. Y se arrepentía de habérselo así suplicado. En aquel momento hubiera dado ella toda su vida por cruzar con él un instante la mirada, como despedida final.

Y dió Gustavo aquel último paso, atravesó la puerta y Lisl dejó ya de verle.

Y fué para ella como si se apagara el sol, como si se acabara la vida, como si se derrumbara el espacio y dejase de correr el tiempo. Experimentó la sensación de un aturdimiento absoluto y de una completa incapacidad para pensar, y todo su ser fué exclusivamente angustioso dolor tan reconcentrado que nada veía, ni oía ni sentía...

Fuó un episodio romántico de la vida de un Archiduque joven y apuesto que duró solamente seis meses en los tiempos del vals y en la Corte del viejo emperador Francisco José.



Fué un episodio romántico de la vida de una bailarina hermosa y buena que no duró más que seis meses.

Desde entonces acá han pasado muchos años. El viejo Emperador que parecía inmortal, murió. Sus familiares de la generación del archiduque Gustavo no supieron o no pudieron continuar su obra, con lo que ellos han salido ganando, ya que pueden ahora vivir su propia vida.

Sobrevino la guerra mundial, que deshizo el imperio e hizo añicos incontables coronas.

¡Cuánta mudanza de entonces acá! Desde los tiempos en que las damas usaban polizón hasta la gran guerra pasaron muchos años y cambiaron muchísimo las cosas; pero desde la guerra hasta nuestros días han sido aún mayores las mudanzas verificadas con un ritmo cada vez más acelerado.

Compárese el coche del Archiduque Gustavo arrastrado por dos hermosos caballos con los modernos automóviles de hoy, dotados de líneas aerodinámicas, que les dan formas extravagantes; o compárese el rippert de Willy con los monstruosos autobuses de dos pisos; o establézcase la comparación entre la explo-

tación del rippert realizada individualmente por su dueño y las grandes empresas que hoy monopolizan el tráfico; o la trompetilla con la que Willy evitaba atropellar transeúntes con las actuales bocinas y cláxons.

Y la variación ha sido radical y completa en todos los órdenes de la vida: modas, costumbres, ideología y arte.

Ya casi no se baila el vals y las bailarinas bailan de otro modo, imitando los movimientos de las monas o los del camello. Los polizones desaparecieron y los tobillos que tanto recataba Lisl son ahora ostentados por todas las muchachas hasta sin medias en verano.

Y también pasó el romanticismo lleno de poesía para dejar lugar a un materialismo brutal y egoísta.

Y claro es que no podemos mirar las cosas a través del mismo cristal que aquella gente empleaba, y ya sabemos que todo es según el color del cristal con que se mira.

Y el episodio romántico y sentimental está muy bien en aquella época y su poesía nos parece encantadora. Pero en los tiempos actuales encontramos que el sacrificio de Gustavo fué algo

estéril, pues ya vemos que los Archiduques, no es que hayan renunciado todos a sus títulos, sino que tales títulos han desaparecido.

Y la mentalidad actual le hubiese hecho seguramente obrar de otra manera a la simpática Lisl.

Pero, sobre todo, y a manera de epílogo, queremos hacer resaltar que ya nadie hace caso del aspecto romántico de la vida y estamos ya en el secreto de que no hay nada eterno.

Dice el refrán castellano que no hay plazo que no se cumpla ni mal que cien años dure. Y esto viene bien aquí al tratar de la desesperación de los dos amantes cuando los separó la vida. Porque, aunque ella estaba más resignada, compartía con él la creencia romántica de que sería desdichada para toda la vida.

Hoy ya sabemos perfectamente que no hay nada eterno, ni el amor ni el dolor. Claro es que, cuando un dolor nos atormenta, experimentamos la sensación de que durará siempre; pero sabemos que tal sensación es engañosa. Sólo que acostumbra el dolor a ser algo mórbido y acostumbramos a tomarle cariño y nos complacemos con él, siendo para

nosotros un consuelo el creer en su eternidad, por lo que no queremos decirnos y confesarnos que dentro de unos meses se habrá amortiguado y no harán falta muchos años para su completa desaparición.

Pero el romanticismo se fundamentaba precisamente en la supuesta perduración de los sentimientos humanos, por lo que nos parece hoy hinchado de falsedad. En el romanticismo todo era exaltado hasta lo absoluto y lo absoluto creemos en los actuales tiempos racionalistas que no existe. De ahí el cambio radical de las costumbres señalado y paralelo al cambio impuesto en la vida por los adelantos de la técnica.

¿Qué sería de ellos después? Seguramente no pasarían muchos años sin que el dolor agudísimo se suavizara, acabando por transformarse en dulce melancolía.

Claro es que para Gustavo sería muy molesto el haberse casado con una mujer fea, todo el día con el ganchillo en la mano, pero ya encontraría manera de divertirse y hasta de hacer algunas escapadas a Viena, volver a ver a Lisl y hasta cenar con ella ternera a la vienesa y pastel de

manzanas, y de volver a subir en el columpio para cantar la canción de la noche azul.

Y miradas las cosas desde este punto de vista materialista moderno, debemos confesarnos que quien salió mejor librada fué la simpática Lisl, porque se libró del sinvergüenza Toni, que vendía gustoso su amor por un estreno en la Opera.

Sin olvidar a Willy y a Mitzi que salieron ganando un coche,

aunque ignoramos si Fanny logró casarse por fin.

En cuanto a Nepomuk, seguramente que reventó de gordo, y a Szereny, que se murió de mentecato.

Seguramente ya no vive ninguno de aquellos personajes, y el autor puede estar tranquilo sin temer que alguno de ellos venga a decirle que ha cometido tal o cual inexactitud al contar esta historia.

FIN



# BIBLIOTECA FILMS

LAS MARAVILLAS DE LA TEMPORADA

PRÓXIMO NÚMERO:

## El sobre lacrado

(EL SECRETO DEL PASO DE LOS DARDANELOS)

Novela de intriga y espionaje, y el sublime sacrificio de una bella mujer, por la amistad y el amor.

WYNNE GIBSON - FRITZ CORTNER

Superproducción *Radio Films*

PRONTO... PRONTO

... y cuando ella iba a sacrificar  
su vida, al lado de un hombre  
que no amaba...

¡EL MUERTO HABLÓ

## La voz de ultratumba

Narración escalofriante, que penetra en los misterios de la muerte, y nos trae la voz de la eternidad...

LIONEL BARRYMORE con

HELEN MACK-EDWARD ELLIS-DONALD MEEK

Superproducción *Radio Films*

ACONTECIMIENTO DI

La formidable novela basada en la película en español

## Clemencia

Traidor al amor

- Traidor al amigo

- Traidor a la Patria

CONSUELO FRANC

VICTOR URRUCHA

VICTORIA BLANCO

JULIAN SOLER

Superproducción *Radio Films*

PRODUCCIONES NACIONALES

### MARIA DE LA O

(La obra terremoto)

La última cita

por José Crespo y Luana Alcañiz

Lola Triana

por Raquel Meller

Gigantes y cabezudos

Noches de Buenos Aires

Luisa Fernanda

La Reina mora

La casa de la Troya

Prisionero núm. 13

**EDICIONES**

# **Shirley Temple**

**16 títulos!.. 16 éxitos!..**

*1 peseta tomo*

**Dejada en prenda**

*50 céntimos tomo*

**Vida y biografía de Shirley Temple**

*25 céntimos cuaderno*

**El beso de la gloria**

**K. O. técnico**

**Amnesia efervescente**

**El debut de Kreta Karabo**

**La caravana del Orégano**

**Cosas de chicos**

**Perdonen mis cachorritos**

**Vampiresitas 1936**

*Colecciones de 8 tarjetas postales a 10 cént.*

**Sobres sorpresa - Serie A, Serie B y Serie C**

*ALBUYA de SHIRLEY a dos colores - 10 ets.*

**Las travesuras de Shirley**

**Almanaque** *30 céntimos*

**Colección de Tarjetas Postales esmaltadas**

*Sus más recientes fotografías. - 40 cént.*

— **PRECIOS A** —

**EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA**

# Ediciones BIBLIOTECA FILMS

UNA peseta el tomo

## Producciones nacionales y filmadas en español

DON JUAN DIPLOMATICO ... ..	Celia Montalván
EL EMBRUJO DE SEVILLA ... ..	Maria Ladrón de Guevara
UN HOMBRE DE SUERTE ... ..	Roberto Rey
CASCARRABIAS ... ..	Ernesto Vilches
LA VOLUNTAD DEL MUERTO ... ..	Antonio Moreno
SU NOCHE DE BODAS ... ..	Imperio Argentina
UN CABALLERO DE FRAC ... ..	Roberto Rey
EL COMEDIANTE ... ..	Ernesto Vilches
LUCES DE BUENOS AIRES ... ..	Carlos Gardel
ENTRE NOCHE Y DIA ... ..	Elena d'Algy
LOS QUE DANZAN ... ..	Antonio Moreno
LA DAMA ATREVIDA ... ..	Ramón Pereda
EL PRINCIPE GONDOLERO ... ..	Roberto Rey
CARNE DE CABARET ... ..	Lupita Tovar
MERCEDES ... ..	Carmelita Aubert
MELODIA DE ARRABAL ... ..	I. Argentina - C. Gardel
EL AGUA EN EL SUELO ... ..	Maruchi Fresno
ESPERAME ... ..	Carlos Gardel
UNA VIDA POR OTRA ... ..	Nancy Torres
DOCE HOMBRES Y UNA MUJER ... ..	Irene López Heredia
VIDAS ROTAS ... ..	Maruchi Fresno - L. Tovar
LA DOLOROSA ... ..	R. Díaz - Agustín Godoy
TRES AMORES ... ..	Mona Maris - J. Crespo
UNA SEMANA DE FELICIDAD ... ..	R. Rodrigo - A. Palacios
DALE DE BETUN ... ..	Juan de Landa - A. Colomé
EL DESAPARECIDO ... ..	Rambal - Trini Moren
EL TANGO EN BROADWAY ... ..	Carlos Gardel
LA ULTIMA CANCION ... ..	Antonio Ortiz
20.000 DUROS ... ..	Charito Leonis
RUMBO AL CAIRO ... ..	Mary del Carmen
EL MALVADO CARABEL ... ..	Antoñita Colomé - A. Vico
EL OCTAVO MANDAMIENTO ... ..	Lina Yegros
PODEROSO CABALLERO ... ..	Casimiro Ortas
ALAS SOBRE EL CHACO ... ..	Lupita Tovar - A. Moreno
EL DIA QUE ME QUIERAS ... ..	Carlos Gardel
EL GATO MONTES ... ..	Pablo Hertogs
UNA MUJER EN PELIGRO ... ..	Antoñita Colomé
INCERTIDUMBRE ... ..	Ramón de Sentmenat
MARIA ELENA (Flor de fuego) ... ..	Carmen Guerrero

PRECIOS A

EDITORIAL "ALAS"—Apartado 707.—BARCELONA

Servicio: números sueltos y colecciones completas, previa envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Paga por adelantado.



# Ediciones Biblioteca Films

## LAS MARAVILLAS DE LA TEMPORADA

Precio: Una pta. tomo

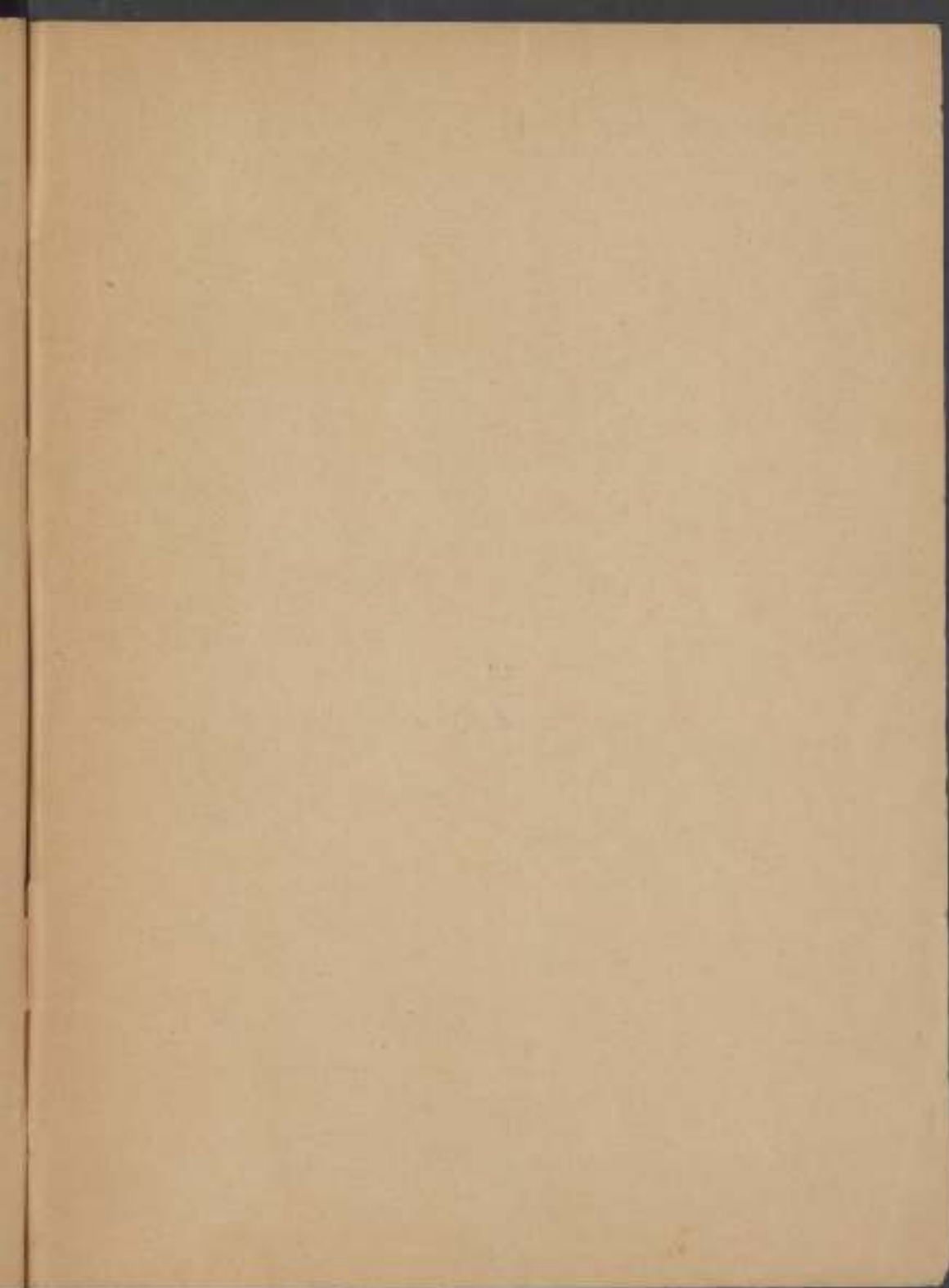
GLORIA DE UN DIA ... ..	Katharine Hepburn
LA NOVIA DE FRANKENSTEIN ... ..	Boris Karloff
EL REY SOLDADO ... ..	Enil Jannings
ESTRICTAMENTE CONFIDENCIAL ... ..	W. Baxter - Myrna Loy
OJOS NEGROS ... ..	S. Simon - Harry Baur
LA ALEGRE DIVORCIADA ... ..	G. Rogers - Fred Astaire
UNA NOCHE DE AMOR ... ..	Grace Moore
LA VIUDA ALEGRE ... ..	M. Chevalier - J. McDonald
EL CABALLERO DE FOLIES BERGERE ... ..	Maurice Chevalier
CONTRA EL IMPERIO DEL CRIMEN ... ..	James Cagney
CORAZONES ROTOS ... ..	Katharine Hepburn
LA TELA DE ARANA ... ..	Myrna Loy - W. Powell
LA DIOSA DEL FUEGO ... ..	Helen Gehagan
EL LOBO HUMANO ... ..	Henry Hull
ROBERTA ... ..	F. Astaire - G. Rogers
NOCHE NUPCIAL ... ..	Gary Cooper
LOS ULTIMOS DIAS DE POMPEYA ... ..	Preston Foster
HORROR EN EL CUARTO NEGRO ... ..	Boris Karloff
MAZURCA ... ..	Pola Negri
EL CARDENAL RICHELIEU ... ..	George Arliss
EL ESCANDALO DEL DIA ... ..	Clark Gable
LA FERIA DE LA VANIDAD ... ..	Miriam Hopkins
DEJADA EN PRENDA ... ..	Shirley Temple
MARES DE CHINA ... ..	Clark Gable
EL SOMBRERO DE COPA ... ..	F. Astaire - G. Rogers
QUIEREME SIEMPRE ... ..	Grace Moore
LAS CRUZADAS ... ..	Henry Wilcoxon
DESEO ... ..	M. Dietrich - Gary Cooper
LA GRAN AVENTURA DE SILVIA ... ..	Katharine Hepburn
MI MARIDO SE CASA ... ..	Eliasa Landi - Cary Grant
EN LOS TIEMPOS DEL VALS ... ..	Ramon Novarro
EL SOBRE LACRADO ... ..	Winné Gibson

Pida su ejemplar antes de que se agote

PRIMOS A

**EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA**

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. También ciner catálogos para el certificado. Francoque gratis.



038 EBF (233)

EDITORIAL  
"ALAS"

---

---

UNA peseta